LUIS MILLA y GUILLERMO X. ROURA

La captura de Raffles

Melodrama en un prólogo y cinco actos



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1912

La captura de Raffles

o el triunfo de Sherlok Holmes

La captura de Raffles

o

El triunfo de Sherlok Holmes

Melodrama moderno, en un prólogo

cinco actos y once cuadros

ORIGINAL DE

LLUIS MILLÁ Y G. X. ROURA

Estrenado con gran éxito en el

TEATRO MODERNO (Barcelona - Gracia) la noche de

29 de Noviembre de 1908



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1912

PERSONAJES

Marta	Sra.	Sala.
Eva Castorini	»	Mas.
Sherlok Holmes	Sr.	Olivar.
Raffles	»	Roura.
Doctor Walton	»	Salom.
Daniel	»	Ortin.
Buck	»	Millá.
Inspector Richardson	»	Marcet.
James Mallins	»	Espinosa.
El Coronel Merrit	»	Estrems.
Arturo	»	Soto.
Canter	»	Monuél.
Policía 1.º	»	Marcet (hijo).

Polismann, Policías, Bebedores, Damas, Caballeros.

La acción en Londres.

PROLOGO

El Bodegón de Canter

Bajos de bodegón en el barrio de Witechapel. Puerta al fondo que da a la calle. A la derecha gran chimenea practicable. A la izquierda lateral dos puertas. Sillas y mesas de miserable aspecto. Trampa en primer término derecha.

ESCENA I

BUCK, en la mesa de la derecha, leyendo «The Thimes» y bebiendo. CANTER, sirviendo cerveza a varios bebedores en la mesa de la izquierda. POLICIA 1.º, en el fondo. Inspector RICHARDSON, por el fondo.

CAN. Bebed, bebed, que por eso no llegaréis a agotar mis cubas de cerveza.

BUCK Lo creo. Mientras el Támesis tenga alcantarillas, no te faltará líquido, viejo marrullero.

CAN. Qué cosas dices, amigo Buck, qué cosas dices! La cualidad mejor de la cerveza, es...

BUCK Es beberla y no pagarla, eh? En eso estoy conforme, y desde este jarro en adelante lo pondremos en práctica. (Risas entre los bebedores.)

CAN. No, no es eso. Lo que pretendo demostrar es que mi establecimiento...

BUCK Dí mejor tu bodegón.

CAN. Bueno; sea bodegón, sea foyer de Music-Hall, el caso es que...

BUCK El caso es que me dejes tranquilo con mi periódico y con otro vaso de whisky que vas a traerme al momento.

CAN. Volando. (Vase por la segunda izquierda.)

INS. (Acercándose al Policía 1.º) ¿Qué ha observado usted?

POL. 1.º Nada sospechoso; a no ser aquel hombre que está leyendo el «Times». Por más que las señas distan mucho de ser las que se nos dan en la ficha antropológica.

INS. Mucho ojo en todo. Sherlok Holmes asegura que el tal individuo vendrá, y que en cuanto a su justa filiación es hombre muy ladino, pues es un verdadero artista en el disfraz.

POL. 1.º Continuaré mi observación.

INS. Por lo pronto es lo mejor que podemos hacer.

CAN. (Saliendo.) Aquí está el whisky.

BUCK Dios te lo pague.

CAN. Me trae más cuenta que me lo pagues tú.

BUCK Cóbrate el whisky y el chiste.

INS. (Si pudiera entablar conversación con él...) (Deteniéndose al ver entrar a RAFFLES.)

ESCENA II

Dichos y RAFFLES

Disfrazado de barquero. Va a la mesa en que está Buck, saludando a los policías al cruzar por delante de ellos

RAF. Buenas noches, amigo Buck. Vengo sediento. (Bebiendo el vaso de whisky de Buck)

BUCK Hombre, me gusta la franqueza.

RAF. ¡Eh! bodegonero Cantér!... Otro vaso de whisky. Este caballero paga.

BUCK ¿Cómo?

RAF. Con dinero.

BUCK Eso si que no.

RAF. Eso si que sí.

BUCK Pero... (Levantándose agresivo.)

RAF. ¡Quieto! Ponte antiparras de limpios cristales. Mírame cara a cara y dime: ¿me reconoces? (Haciéndole un juego propio de Jiu-Jitsu.)

BUCK Por reconocido. ¿Y en qué estuche de joyería ha estado metido el elegante Raffles?

RAF. Más piano, amigo Buck. No me nombres en tono de si bemol.

BUCK Bajaremos el diapasón. Pero, dígame: ¿a qué demonio de combinación obedece el verle en este traje?

RAF. No te metas en dibujos. Bástete saber que esta madrugada he llegado a Londres con los bolsillos vacíos. Esta misma noche he de llenarlos y mañana asistiré, en traje de rigurosa etiqueta, a los salones del Gran Casino.

BUCK No comprendo.

RAF. Los hombres son hijos de las circunstancias, y Raffles sabe ceñirse a ellas, lo mismo vistiendo el burdo traje de barquero del Támesis, como luciendo el frac entre la buena sociedad de Londres.

BUCK Sigo no comprendiendo.

RAF. Ni hace falta. Sígueme si quieres ganarte un buen puñado de libras esterlinas.

BUCK ¿Y qué hay que hacer?

RAF. Sólo lo que yo te diga.

BUCK ¿Alguna jugada tan limpia y de tan seguro golpe como la de la joyería de Verney Road?

RAF. No. Se trata de un negocio vulgar... a la altura de las circunstancias.

BUCK ¿Es mucha la altura?

RAF. Primer piso, segunda bocacalle, a mano derecha. Los señores están de viaje. Cuidando de la casa, sólo ha quedado en ella el portero.

BUCK ¿Pues qué esperamos ya?
RAF. Encontrar un buen mecánico para maniobrar en una caja de caudales.
BUCK Esto corre de mi cuenta.
RAF. ¡Cómo!... ¿Tú?...
BUCK ¿Se sabe qué marca tiene la caja?
RAF. Marca «Benton-Brawn».
BUCK Ni de encargo. (Viendo llegar a Daniel.)
RAF. ¿Qué dices?

ESCENA III

Dichos y DANIEL, por el foro izquierda

BUCK ¿Ve usted ese joven que acaba de entrar?
RAF. Parece un obrero.
BUCK Precisamente es un hábil obrero mecánico, que conoce al dedillo todos los resortes de las cajas de hierro modernas. Se halla sin trabajo, su situación es apurada y tiene un enemigo que le arrastra a la perdición.
RAF. ¿Y ese enemigo es...?
BUCK El alcohol.
DAN. ¡Canter!... ¡Canter!... (Llamando.)
CAN. ¿Qué se ofrece?
DAN. Una copa de brandy.
CAN. Pago al contado?
DAN. Moneda corriente. (Dándole una moneda.)
CAN. Conforme. (Le sirve.)
RAF. Mira de atraerle hacia aquí.
BUCK ¡Oh! tengo mucho ascendiente sobre él. Va usted a ver. (Llamándole.) Daniel, ven aquí con nosotros y echaremos un brindis.
DAN. Muchas gracias; no lo necesito.
BUCK Ven, hombre.
DAN. No me da la gana.
RAF. Ya veo que tienes ascendiente sobre él.
BUCK No importa; corriendo el tiempo será mi

vivo retrato: mi otro yo. Déjeme usted aquí solo y yo me entenderé con él plácidamente.

RAF. Sea; te espero en la esquina inmediata.

BUCK ¿Hay que llevar algo?

RAF. Herramientas no me faltan nunca. A lo dicho.

BUCK A lo dicho. (Vase Raffles.)

INS. (Algo traman éstos. Tantas entradas y salidas son sospechosas. Vaya usted a dar aviso a Sherlok Holmes, mientras yo trato de entrar en conversación con este individuo.)

POL 1.º Volando. (Vase.)

INS. (Acercándose a Buck.) ¿Trae buenas noticias el «Thimes?

BUCK ¡Psé! como siempre. (Alerta, Buck)

INS. ¡A ver! ¡Una botella de vino de España! Usted me acompañará, ¿verdad, amigo?

BUCK Acompañarle, ¿a dónde?

INS. A beber.

BUCK Tengo bastante con lo mío. Muchas gracias.

INS. Este vinillo se cuela sin sentir. (Cogiendo la botella que ha traído Canter.) A su salud, amigo.

BUCK (Este es un policía. Disimulemos.) Puesto que usted se empeña... a la suya. (Beben, Pausa.)

INS. Me es usted altamente simpático, amigo.

BUCK (Y dale con el amigo.)

INS. No lo dude usted.

BUCK No lo dudo. Agradezco la simpatía y la amistad. (Levantándose.) Daniel, acaba y vámonos.

DAN. ¿A dónde y a qué?

BUCK Tenemos que hablar.

DAN. Despues hablaremos. (Despreciando.) No corre prisa.

BUCK Sí, corre; pues es asunto interesante.

INS. (¡Hola, hola! trata de escapárseme; pero no lo logrará.)

ESCENA IV

Dichos y MARTA, pobremente vestida y con un violín

MAR. Señores, ¿podéis socorrer a una pobre desgraciada? (Apoyándose en el quicio de la puerta.)

BUCK No tengo un penique para malos gastos. Aparta.

MAR. ¡Ay de mí!

DAN. ¿Qué te sucede, muchacha? Por qué lloras?

MAR. Porque por todas partes me veo despreciada y tengo hambre y frío!

DAN. ¿Tienes hambre? ¡A ver, bodegonero! un plato de gees-so-tay, pan y cerveza.

CAN. Al momento. (Conduciendo a Marta a la mesa de la izquierda.) Ven, siéntate aqui. ¿Dónde habitas?

MAR. En el arroyo.

DAN. ¡Infeliz! ¿Cual es tu nombre?

MAR. Marta.

DAN. ¿Marta, dices? Como mi madre.

MAR. Vuestra madre... Dios os la conserve.

DAN. La perdí hace mucho tiempo.

CAN. (Saliendo.) Aquí tenéis lo que habéis pedido.

DAN. Para tí, Marta.

MAR. ¡Ah! ¡Cuánto os lo agradezco!

BUCK (Vaya un estorbo. ¡Maldita sea!)

INS. Amigo mío, no me cabe duda. Yo he conocido a usted en algun otro lugar.

BUCK Puede que así sea; pero yo no recuerdo.

INS. Principiemos por el principio. ¿Cómo se llama usted?

BUCK Yo no me llamo, me llaman.

INS. Bien, sí, ¿cómo le llaman?

BUCK ¡Vaya una insistencia! ¿Me va usted a incluir en la nueva lista de los Lores?

INS. Quizá le incluya a usted en alguna otra lista digna de su prosapia.

BUCK (Te comprendo, pajarraco.) No tengo por qué ocultarme. Mi nombre es Buck.

INS. Buck? No conozco ese santo.

BUCK Yo tampoco conozco el suyo, y ya me va usted cargando. Conque si le duele algo, aliviarse.

INS. (Recela. No demos el golpe en vago.) Perdone si mis palabras le han ofendido a usted. Todo ello no ha sido más que un pasatiempo.

BUCK ¿Pasatiempo? Pues... pasarlo bien, caballero.

INS. Lo mismo digo, amigo, y hasta otra. (No te perderé de vista.) (Vase.)

BUCK (No es fácil que me pesques.)

DAN. ¡Eh! ¡Canter! ¿Cuánto debo?

CAN. Un cheling.

DAN Bien está. Pónmelo en cuenta. Cuando trabaje lo abonaré con creces.

CAN. ¿Trabajar tú, haragán del demonio? ¿Cuándo será eso?

DAN. Cuando encuentre trabajo.

CAN. Eso va para largo. ¿Se te figura que hasta entonces tengo que mantenerte?

DAN. ¿Dudas de mi palabra?

CAN. Lo que dudo es de tu dinero.

DAN. ¡Miserable!

MAR. (Deteniéndole.) ¡Por Dios! ¿Qué va usted a hacer?

CAN. Eso es; en vez de pagarme, amenazas y malas palabras.

DAN. Te voy a partir el cráneo.

BUCK Vamos, vamos; dejaos de pequeñeces.

CAN. Yo no pido más que mi dinero.

DAN. Mañana mismo quedarás satisfecho.

CAN. Palabras de mal pagador.

BUCK (Esta es la ocasión.)

CAN. Llevo mucha carga para esperar el mañana.

BUCK ¡Ea! basta de cuestiones. Ahí va media corona y cóbrate lo que sea, viejo sabandija.

CAN. ¡Media corona! sobra...

BUCK Sobra tu presencia. Largo de aquí.

(Vase Canter.)

MAR. (¡Dios mío, qué vergüenza!) (Ocultando el rostro con las manos, sentada junto a la mesa.)

DAN. Gracias, Buck. Yo te devolveré...

BUCK Nada me debes. Vente conmigo, Daniel, y yo te prometo que no te faltará dinero para que no te veas más en otro compromiso como el presente.

DAN. ¿Qué quieres de mi?

BUCK Ya te lo he dicho mil veces.

DAN. Es que yo...

BUCK Déjate de escrúpulos. Esta noche sólo se trata de abrir una caja de hierro; trabajo sencillísimo para un buen mecánico como tú. Sígueme sin titubear y seremos ricos.

DAN. ¡Robar! no, no. ¡Eso nunca! No es ese mi oficio.

BUCK Pues mira tú, es el más lucrativo de todos.

DAN. No quiero, no quiero. Déjame, déjame.

BUCK ¿Dejarte, para que ese perro de Canter vuelva a morderte el corazón con sus palabras?

DAN. (Vacilando.) Sí, sí, tienes razón.

BUCK Pues entonces. ¿por qué dudas? Sígueme.

DAN. Ya no vacilo. Vamos.

BUCK (Por fin.) Vamos. (Llevándoselo abrazado.)

ESCENA V

MARTA, sola

MAR. ¡Se van! ¿A donde irán tan apresuradamente? Me abandona en el mismo instante en que yo creía... ¡Oh! ¡qué loco pensamiento el mío! ¿Quién soy yo para merecer la protección de nadie en este mundo? ¡Infeliz de mi!

ESCENA VI

MARTA, INSPECTOR, dirigiéndose á un Policía en el fondo

INS. Sigue a aquellos dos hombres sin que nada sospechen. Yo me quedo aquí. No conviene abandonar este sitio. (La han dejado sola. Veamos de entablar conversación con ella). (Dirigiéndose a Marta.) ¿Y qué? buena mujer. ¿No váis a recorrer los establecimiento de bebidas, mostrando vuestros méritos musicales, para recoger algunas monedas?

MAR. Ese sería mi afán, señor; pero por todas partes me veo despreciada. Además, ya es de noche, y no son estos barrios lugar apropósito para ser recorridos por una mujer que no cuenta con el apoyo de nadie.

INS. ¿Tan sola os halláis en este mundo?

MAR. Huérfana de padre y madre, sin el auxilio de ningún pariente, no tengo más compañía que este inseparable amigo mío.

INS. ¿Sois concertista?

MAR. Cantante callejera, y de poco mérito, señor.

INS. ¿Es modestia?

MAR. Es realidad. Al perder mis padres, que disfrutaban de una regular posición, tuve que abandonar mis estudios musicales. Un tutor infame, haciéndome vergonzosas proposiciones, acabó de hundirme en la miseria, dejándome completamente desamparada al huir con mi pequeña dote, y en compañía de una indigna mujerzuela.

INS. (¿Será verdad cuánto dice?)

MAR. Dispensad, señor, si al recordar mi desgracia, os hago partícipe de cosas que poco pueden interesaros.

INS. Al contrario, hermosa joven. Tanto me interesan, como me interesa tambien saber

quién es aquel joven, al parecer obrero, que con vos estaba hablando hace poco en esta misma mesa.

MAR. ¿Aquel joven? no le conozco, señor.

INS. ¿No le conocéis? Pues como vos, tan discreta, aceptásteis el convite de un desconocido?

MAR. Hízome su ofrecimiento con tal sencillez, que no dudé en aceptarlo. Mucho más teniendo en cuenta que no había comido en todo el día, señor.

INS. (La habilidad de sus palabras es lo que me inspira más recelo.) De modo que el joven aquel...?

MAR. Hoy es la primera vez que le he visto?

INS. ¿Lo juráis?

MAR. ¡Cómo! ¿Acaso sospecháis de mis palabras?

INS. ¿Y el hombre que se hallaba en aquella mesa?

MAR. Tampoco sé quien es.

INS. Vaya, vaya, ¿según parece no conocéis a nadie en esta casa?

MAR. A nadie. Y no alcanzo a comprender, caballero, qué motivan vuestras dudas.

INS. (Bruscamente.) Sin rodeos, señora; sabed, por si lo ignoráis o fingís ignorarlo, que la policía anda buscando a Raffles para efectuar su captura.

MAR. ¿Y qué tengo yo que ver en este asunto?

INS. Tenéis la obligación de ayudar a la justicia.

MAR. ¡La justicia! ¿Acaso sois?...

INS. Lo que yo soy nada os importa. Lo que interesa es saber quién sois vos.

MAR. Ya os lo he dicho, señor, una infeliz desheredada.

(Oyense dos tiros de pistola.)

INS. Esas detonaciones... Veamos lo que ocurre. (Vase precipitadamente, cerrando la puerta del fondo.) Primera precaución; cerremos la puerta por fuera.

ESCENA VII

MARTA, luego RAFFLES, BUCK y DANIEL, herido, por la puerta lateral izquierda.

MAR. ¿Qué es eso?... Me encierra. ¡Oh! no hay duda; es un polizonte y duda de mi honradez.

RAF. ¡Por aquí! Estamos salvados.

BUCK Corramos. No podemos perder momento.

DAN. Huid. Yo no puedo más.

BUCK ¡Maldito sea!

DAN. Las fuerzas me faltan! (Cayendo al suelo.)

BUCK ¡Mira tú que dejarse herir sin entrar en acción, es torpeza!

MAR. (¡Herido!)

RAF. Más torpe he sido yo fiándome de vosotros. ¿Dónde tienes la herida?

DAN. Aquí, en el brazo izquierdo.

MAR. ¡Gran Dios!

RAF. ¿Eh, quién es esa mujer?

DAN. ¡Marta!

BUCK La bala no ha interesado gran cosa. No es más que el susto. El portero de la casa es el que no se verá en otra.

RAF. ¿Qué has hecho de él?

BUCK Con mi faca lo he dejado clavado en la pared igual que una mariposa. Después le he propinado un pistoletazo en los sesos.

MAR. ¡Jesús!

RAF. ¿Pero quién demonios nos habrá descubierto?

BUCK ¡Ya caigo! El impertinente preguntón que que me convidó a beber en aquella mesa.

RAF. ¡Imbécil! Cuando se está metido en negocios no se acepta el convite de nadie.

BUCK Perdonad, maestro; no todo el mundo tiene el talento de un Raffles.

DAN. ¡Raffles!...

MAR. ¡El hombre a quien anda buscando la policía!

RAF. El mismo. Sí, ese soy yo: Raffles, que por primera vez en su vida se ve fracasado por la ineptitud de sus cómplices. ¡Ea! no perdamos el tiempo. El que quiera salvarse que me siga.

DAN. ¡Yo no puedo! ¡Confesión! ¡Me muero!

MAR. Yo no te abandono.

RAF. ¡Eh! bodegonero del diablo! ¿Es qué has perdido las orejas, o es qué estás vendido a la policía?

ESCENA VIII

Dichos y CANTER

CAN. ¿Vendido yo? Colgado me vea antes que hacer traición a mi antiguo protector Raffles.

RAF. ¿A ver, por dónde se sale de tu madriguera, sin ser visto de nadie?

BUCK Por la trampa de las alcantarillas. (Apartando la mesa y abriendo la trampa)

RAF. Sistema antiguo, propio de ratones.

CAN. (Señalando a la chimenea.) Por los tejados tenéis más seguro el paso.

RAF. Plácenme las elevaciones. (Repara en la puerta cerrada del fondo.) ¡Eh! ¿Cómo es esto? ¡Encerrados por fuera!

MAR. Un policía fué el que...

RAF. ¡Imbéciles! Atranquemos por dentro. (Colocando una tranca en la puerta del fondo, a tiempo que golpean la puerta por la parte de afuera. Voces.)

INS. ¡Abrid a la justicia!

BUCK Más a tiempo... ni por encargo.

RAF. Preparemos la coartada. (Abriendo la trampa y dejando su sombrero junto a ella.)

CAN. Perdonad, maestro; ¿y yo cómo acredito mi honradez?

RAF. ¿Tu honradez?... De esta manera. (Atándole) en una silla y amordazándole.)

CAN. Comprendido.

RAF. Bien está. Sígueme, Buck. (Desaparece, seguido de Buck, por la chimenea.)

MAR. ¡Infames! ¡Huyen! ¡Te abandonan!

DAN. Mejor. Sólo en tí está mi salvación. (Se desvanece.)

MAR. ¡Dios mío! ¡Muerto!... ¡No! su corazón late todavía. No está más que desmayado. Si encontrase algo con qué reanimarle... (Vase por la izquierda. De la parte de afuera no han dejado de golpear la puerta, sin estorbar el diálogo.)

POL. 1.º La puerta resiste. (Dentro.)

INS. Yo la cerré por fuera.

SHER. Y ellos la atrancaron por dentro. Yo abriré.

INS. ¿Cómo, maestro?

SHER. Así. (Disparando por la cerradura. La tranca salta y queda abierta la puerta.)

ESCENA IX

DANIEL, INSPECTOR RICHARDSON, POLICÍA 1.º y dos Polismans, que se precipitan en escena. SHERLOK HOLMES queda en la puerta del fondo. Después MARTA.

INS. ¡Un hombre amordazado! (Desatando a Canter.

POL. 1.º (Por Daniel.) ¡Un hombre muerto!

INS. La trampa de la alcantarilla abierta... Y la gorra de un barquero.

POL. 1.º ¿Será del que estuvo aquí esta tarde?

MAR. (Saliendo.) ¡Gran Dios! ¿Qué es esto?

POL. 1.º ¡Una mujer!

INS. La que dejé aquí encerrada. Apoderémonos de ella.

SHER. No. Apoderáos de ese hombre.

CAN. ¿De mí? Soy inocente, señor.

SHER. Primeras palabras de los culpables. (Avanzando.) Que nadie se mueva de su sitio. (Se dirige a Daniel, auscultándole.) Vive. (Luego exami-

na las cuerdas y la mordaza de Canter.) Sí. (Da una vuelta alrededor de la trampa y examinando la gorra.) No. (Con un naipe recoge un poco de hollín desprendido de la chimenea y lo examina con una lupa.) No me cabe duda.

INS. Han huído por la alcantarilla, ¿verdad?

SHER. No; por la chimenea.

CAN. Por esta trampa, señor. Bien los he visto huir, después de amordazarme para que no pudiese gritar pidiendo socorro. Por aquí, por aquí.

SHER. ¡Por allí! ¡Repito que por allí! Bien lo demuestra este hollín desprendido de la chimenea.

INS. ¡A ellos! (Disponiéndose a trepar por la chimenea.)

SHER. Dios quiera que lleguemos a tiempo.

MUTACIÓN, quedando el escenario a osbcuras.

CUADRO II

Los tejados de Witechapel

ESCENA PRIMERA

Es de noche.

RAFFLES y BUCK

BUCK (Saliendo de una chimenea.) ¡Cuidado con un resbalón!

RAF. Gatea, como yo.

BUCK Mal oficio es el de los gatos.

RAF. Ellos nos han de enseñar el camino.

BUCK Ahora lo difícil será encontrar agujero propio para descender.

RAF. Y sobre todo para no caer en manos de Sherlok Holmes.

BUCK ¿Sherlok, decís? A estas horas seguramente nos está buscando por las alcantarillas.

RAF. No lo creo yo así.

BUCK ¿No tenéis confianza en la coartada que le habéis preparado, dejando la trampa abierta?

RAF. Para la policía, sí. Para él, no.

BUCK ¡Eh! ¿Qué ruído es ese?

RAF. ¿No lo dije? Siguen nuestros pasos.

BUCK Sí; ellos son. (Mirando al interior de la chimenea.) ¡Estamos perdidos!

RAF. Todavía no. (Disparando su revólver por la chimenea.)

BUCK ¡Buena solución!

RAF. Ahora, saltando tejados, hallaremos fácil salida por los cristales del próximo pasaje. (Dirigiéndose al fondo izquierda.)

BUCK Aquí hay un salto peligrosísimo.

RAF. Nada le importan a mis ligeras piernas de gimnasta, amigo.

BUCK Pero mucho a las mías, pesantes como plomo.

RAF. Por estos tejados no veo otra salida.

BUCK Allí hay una buhardilla.

RAF. ¡Pues a ella!

SHER. ¡Date preso, Raffles! (Cogiendo a Buck, equivocándole con Raffles.)

RAF. ¡No lo creas, Sherlok Holmes! (Efectuando el salto por el sitio antes mencionado. Cae el telón en el mismo momento en que Raffles desaparece de la vista del público.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

CUADRO III

La cartera del Doctor Walton

Gabinete con dos puertas laterales. Al fondo chimenea. En el centro, velador y dos butacas. Sillas ligeras. Sobre el velador, periódicos y caja con cigarros.

ESCENA PRIMERA

ARTURO leyendo una novela y fumando en pipa.

ART. Los triunfos de Sherlok Holmes. Ocho tomos van publicados de sus aventuras y aun queda para ochocientos, con letra bien apretadita. ¡Gran hombre! Su sangre fría y sus justas deducciones son el asombro del mundo entero. No existe otro igual. Es el maestro de los maestros. Es un verdadero artista en toda la extensión de la palabra. Sólo tiene comparación, en sentido adverso, con Raffles. ¡Raffles! ¡Vaya un pez! Sus hazañas también me maravillan, sí. Puesto en lucha con Sherlok Holmes son dignos el uno del otro. Raffles es también un artista en su género; pero... pero yo apostaría siempre por Sherlok. ¡Oh! Lo

que a mí me gustaría conocer personalmente a los dos! Por mi parte, yo me siento Sherlok. ¡El detectivismo es mi segunda naturaleza! (Paseándose con énfasis y gesticulando.)

ESCENA II

ARTURITO y MARTA, por el fondo derecha con un paquete envuelto en un papel marcado con el anuncio de los almancees «New England», y con un portamonedas de piel por cuyo cierre asoma un billete del ómnibus.

MAR. ¿Qué eso, Arturito? ¡Vaya un modo de gesticular!

ART. ¡Silencio, Marta, silencio! Estoy en pleno detectivismo.

MAR. ¿Qué dices, muchacho?

ART. Digo que no digo nada. Pero, observo, indago, sigo una pista; una pista segura, infalible.

MAR. Y a todo esto llenando la sala de humo con tu pipa.

ART. No hay remedio, soy aprendiz de detective, y los detectives deben fumar en pipa, imprescindiblemente.

MAR. ¿Tú, detective? ¿Estás loco, muchacho?

ART. ¡Loco! Vas a ver si estoy loco o cuerdo. ¿A qué acierto de donde vienes ahora?

MAR. ¿A qué no? ¿De dónde vengo?

ART. De los grandes almacenes de «New England».

MAR. Verdad es. (Asombrada)

ART. Y no has venido en el eléctrico, sino en ómnibus.

MAR. También es cierto. ¿Y cómo sabes todo eso tú, muchacho?

ART. Allá va la deducción: Que has ido a los almacenes de New England, lo prueba el letrero del envoltorio ese. (Señalando el letrero del papel del envoltorio.) Que has venido en óm-

nibus lo acredita el billete que asoma por tu portamonedas. Mira. (Tirando de él.)

MAR. ¡Vaya una gracia! Así cualquiera adivina, chiquillo.

ART. Todo es cuestión de lógica, amiguita Marta.

MAR. Lógica, lógica... Ya te dará buena lógica el doctor Walton, si te atrapa fumando como un turco.

ART. Mi amo, el señor Walton, no me reñirá por eso. Es muy bueno.

MAR. ¡Ya lo creo! Muy bueno. Razón de más para que no se abuse de su bondad con tonterías.

ART. ¿Tonterías llamas a mis aficiones deductivas?

MAR. ¿Volvemos a lo mismo? Más te valdría...

ART. Más me valdría, ¿qué?

MAR. Poner entendimiento.

ART. Para entendimiento, tú. Como vas a casarte dentro de poco tiempo con Daniel, ya te ensayas en el papel de señora mayor. (Siempre en tono jovial.) ¡Ay, qué suerte tienen algunos!

MAR. ¿Por qué dices eso?

ART. Porque si yo fuese tu novio Daniel...

MAR. ¿Qué harías? Vamos a ver.

ART. ¿Qué haría? Darte un beso.

MAR. ¡Cómo!

ART. ¡Así! (Intenta dárselo.)

MAR. ¡Atrevido!

ART. Más vale pecar por atrevido que por entontecido.

MAR. Lo mejor es no pecar en nada.

ART. Lo dicho, dicho. Tu próxima boda te inclina a la severidad de la vida de ama de casa.

MAR. ¡Ama, yo! No digas eso, Arturo, si no quieres ofenderme. Bien sabes quién soy yo, y cómo entré aquí en calidad de doncella de la señora del doctor. A sus infinitas bondades debo el bienestar que actual-

mente disfruto, y mi orgullo sería una ingratitud.

ART. Mi intención no ha sido ofenderte, Marta, muy al contrario; yo también debo declarada protección al señor doctor, y haría muy mal mofándome de quien como yo, se halla en el terreno del agradecimiento. Mi carácter bromista no impide en mí al hombre serio de toda seriedad, que al hallarse delante de una personita salerosa como tú, robadora de corazones, exclame a toda voz: ¡Hurra por los cuerpos bonitos! ¡Hurra!

ESCENA III

Dichos y DANIEL por el foro derecha

DAN. ¡Eh! ¿Qué gritos son esos? ¿A quién se vitorea de ese modo?

ART. A la reina de la hermosura, Su Majestad... doña Marta, y a su futuro esposo... el príncipe don Daniel, aquí presente. (Haciendo una gran reverencia.)

DAN. Mucho honor es ese para nosotros, señor Embajador de... Jauja.

ART. ¿Embajador de Jauja? ¡Ojalá lo fuera!

Ríos de dulce jalea,
panales de rica miel,
gustoso yo serviría
en las bodas de Daniel.

DAN. ¡Hola, hola! ¡También poeta?

ART. Coplero nada más, y aun eso cuando me inspira una buena musa. (Señalando a Marta.)

MAR. ¿Ves qué atolondrado? No le hagas caso, Daniel, no le hagas caso.

ART. ¿Cómo que no me haga caso? ¿*Acaso* no soy un hombre hecho y derecho? ¿Un hombre respetable? ¡Ah, si tuviera bigote!...

MAR. ¡Cuando lo tengas no serás tan loco, tan atolondrado!

ART. Y vuelta con el atolondramiento.

MAR. Hasta que te corrijas. (A Daniel.) ¿Sabes cómo le he hallado al entrar hace poco en esta habitación?

DAN. ¿Cómo?

MAR. Fumando en pipa, una pipa así. (Ponderándola.)

ART. Una pipa de detective, una sencilla pipa sistema Sherlok Holmes, a quien admiro, a quien adoro, a pesar de no conocerle personalmente.

DAN. Haces bien en admirar al gran detective; pero esta admiración no te autoriza para fumar en pipa, pues a tu edad puede perjudicarte la salud.

ART. No hay cuidado. El tabaco inspira, reune los pensamientos y mata las penas a fuego lento, en el hornillo de una buena pipa. Sherlok dice que en el fondo de la suya es donde halla siempre sus mejores deducciones.

DAN. Mucho hablas del señor Sherlok sin conocerle siquiera.

ART. Nunca le he visto; pero me lo sé de memoria. Me lo imagino, lo presiento, lo veo con los ojos cerrados. Imponente, correcto, nervios de acero, líneas firmes, rostro afeitado, mirada penetrante y cuerpo dispuesto a toda transformación, envuelto en un largo gabán; no se me aparta del pensamiento. ¡Ah! ¡Quién pudiera estrechar su mano! ¡Cuánto daría yo por ser su amigo!

MAR. Nuestro bienhechor, el doctor Walton, lo es, y muy íntimo por cierto.

ART. Bien lo sé; pero desde que estoy en esta casa, la suerte no ha querido que pudiera hallarme delante de él. En todas sus visitas siempre me he hallado ausente. (Óyense dos golpes de timbre dentro.)

MAR. El señor doctor llama.

ART. ¿Dos golpes de timbre? Es a mí. Voy corriendo. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

MARTA y DANIEL

MAR. ¡Qué buenas son para nosotros todas las personas de esta casa. Después de tantos sufrimientos, tantas desdichas enlazadas por la fatalidad, por fin vamos a ser felices. ¿Verdad, Daniel mío?

DAN. Dices bien, amada Marta. La protección que en esta casa tenemos, tú por parte de la señora del doctor Walton, y yo por bondad de los dos, nos ha salvado de la miseria en que nos hallábamos sumidos. Nuestra gratitud para ellos no puede tener límites. De ellos ha salido la idea de apadrinar nuestra boda.

MAR. Verdad es. La señora fué la que al conocer nuestro amor se ofreció espontáneamente a ser mi madrina.

DAN. El Doctor me tiene en gran confianza. Prueba de ello: en este momento vengo de la casa bancaria Varner Frederich, en la que me han sido entregadas dos mil libras para el pago de una letra que hoy mismo presentarán al cobro.

MAR. ¡Dos mil libras!

DAN. Si, mira; aquí están, en esta cartera. (Mostrando una cartera de piel encarnada.)

MAR. ¡Dos mil libras! Mucha confianza tienen en nuestra honradez.

DAN. Confianza ilimitada. El cielo quiera que siempre sea así.

MAR. Me asustas. ¿Por qué dices eso, Daniel?

DAN. Porque en esta casa nadie sabe de dónde

hemos venido, quiénes somos... Se ignora completamente nuestro pasado. El Doctor y su señora nos llaman hijos, porque no los han tenido en su matrimonio. Pero si algún día...

MAR. Si algún día... ¿qué?

DAN. Si algún día se llega a saber claramente, o siquiera se sospeche que yo he sido cómplice de...

MAR. ¡Oh!

DAN. La desesperación me condujo al robo. Con mi sangre y con mi arrepentimiento pagué la falta ante Dios. Pero ¿acaso estoy en paz con los hombres? La sociedad no me perdonará, por eso tiemblo. (Cayendo abrumado en una silla.)

MAR. No te desesperes, Daniel. Tus lágrimas laceran mi alma. Ya ves, nadie sabe nada. El tiempo ahoga recuerdos... Y luego, una continua conducta de honradez puede muy bien borrar, echar en olvido...

DAN. Hay quien no olvida, Marta, y en su maldad saca partido de todo.

ESCENA V

Dichos y el DOCTOR, por la izquierda

VAL. ¡Hola! ¿Ya estáis de vuelta los dos?

DAN. (Levantándose.) Sí, señor Doctor, y perdonad si aquí entretenido...

VAL. Por perdonado, por perdonado. Los enamorados siempre tienen disculpa. El tiempo les pasa sin sentir, ¿no es eso?

MAR. ¡Ah, señor! ¿Cómo pagar tanta bondad?

VAL. ¿Cómo? pues corriendo al lado de mi esposa, que ya hace rato que espera a usted para ultimar ciertos detalles del vestido de boda que piensa regalar a... ¡Adios! ya se me escapó. ¡Mal embajador resulto

para asuntos femeninos! Vaya usted; yo me quedo aquí con Daniel.

MAR. Pues, con permiso. (Recoge los paquetes que trajo y vase por la izquierda.)

VAL. ¡Es una joya! Cuán feliz será usted con ella, Daniel.

DAN. Así lo espero. Y todo ello gracias a usted y a su señora esposa. Sin su apoyo, ¿qué hubiera sido de nosotros?

VAL. Una intachable vida de honradez merece su recompensa, si por recompensa se comprende lo que por ustedes hago. Yo soy el que salgo ganancioso en ello, porque me engalano con su agradecimiento.

DAN. Señor, yo... Quizá no merezca... como usted piensa...

VAL. ¡Ea, ea! dejemos eso y pasemos a otra cosa. ¿Cobró usted de la casa Varner Frederich la cantidad marcada?

DAN. Aquí está la cartera con las dos mil libras. (Entregándosela.)

VAL. Perfectamente.

DAN. Repase usted primero...

VAL. ¿No lo hizo usied?

DAN. Sí, señor; billete por billete.

VAL. Pues, conforme. (Guarda la cartera en el bolsillo interior de la levita.)

DAN. ¡Tanta confianza!

VAL. Es propia de quien la merece, Daniel. Trabajando, estudiando con voluntad, llegará a ser algo más que secretario de mi despacho médico. Mi deseo es tener a mi lado un hijo adoptivo, ya que el cielo no ha querido otorgármelos en mi matrimonio.

DAN. Yo, señor...

VAL. Nada, nada. Asiduidad y honradez; ese es mi lema. No hablemos más de agradecimiento ni de bondades, si no quiere disgustarme.

DAN. Es que yo...

VAL. Nada. Entre usted en mi despacho, sume los vencimientos de este mes, y espéreme allí.

DAN. Al momento. (Está visto. Nunca podré atreverme a declarar mi vida pasada.) (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

Doctor WALTON y en seguida un CRIADO, y SHERLOK HOLMES por la derecha.

VAL. He aquí un joven que ha sabido captarse todas mis simpatías. (Pausa. Se presenta un criado con una tarjeta en una bandeja, quedándose junto á la puerta del fondo para recibir órdenes.) ¡Qué miro! ¡Sherlok Holmes! Que pase al momento. Para mi antiguo amigo no hay en mi casa antesalas.

SHER. (Saliendo.) Pero hay asuntos serios de qué tratar.

VAL. ¡En mis brazos, primero, Sherlok!

SHER. ¡Eso siempre, amigo Doctor! (Abrazándose.)

VAL. ¿Y a qué debo esta apreciada visita después de tan larga ausencia?

SHER. Vengo más bien como detective, que como particular amigo.

VAL. Acepto gustoso los dos calificativos. Pero, al entrar, hablastéis de asuntos serios.

SHER. Tan serios, que a no ser por su importancia, no tendría hoy el placer de estrecharos la mano en este momento.

VAL. Me asustáis.

SHER. Concretando. Se trata de cierta letra de cambio que habéis pagado y cuya firma está falsificada.

VAL. ¿Es posible?

SHER. ¿No tenéis negociaciones de pago pendientes con la casa Haumman, de Leipzig?

VAL. Si. Gran exportación de instrumentos de cirugía y ortopedia.

SHER. Pues la letra que pagastéis a últimos de mes, es falsa.

VAL. No es posible.

SHER. Todo lo es en manos habilidosas.

VAL. Pues hoy me vence otra letra de la misma casa y de más crecida cantidad que la anterior.

SHER. Lo sé, y por eso he venido a salvaros de la estafa.

VAL. ¿Estáis seguro de ello? ¿No será exceso de celo por la amistad que nos profesamos?

SHER. Venga la letra pagada y examinaremos la firma.

VAL. Voy por ella. (Vase a su despacho).

SHER. No perdamos momento. (Delante del espejo del fondo, se coloca una peluca que saca de los bolsillos del levisac, del cual se despoja quedando en traje de americana.)

VAL. (Saliendo con la letra.) Aquí está la letra... ¿Eh? ¿Cómo es esto? (Sorprendido por la transformación de Sherlok.)

SHER. Soy vuestro secretario particular. (Saludando.)

VAL. Comprendo vuestra intención. Pero no creo necesario tanto disimulo.

SHER. En estos asuntos las precauciones nunca están de más. Veamos la letra y el registro de firmas.

VAL. Veamos. (Entregándole la letra y el libro.)

SHER. ¿Veis la imperfección de este rasgo final?

VAL. Efectivamente. La segunda curva resulta visiblemente insegura.

SHER. Falsa es esa letra, como falsa será la que pronto os presentarán. (Sale un criado con una tarjeta en una bandeja.)

VAL. (Leyendo:) «Henry Bergman.»

SHER. ¿El interfecto?

VAL. El mismo. ¿Le hago pasar?

SHER. Sin demora.

VAL. Qué pase ese caballero.

SHER. Procurad el más perfecto disimulo.

ESCENA VII

Dichos y RAFFLES elegantemente vestido y con marcado acento aleman.

RAF. Caballero...
VAL. Señor mío...
RAF. ¿Da usted su permiso?
VAL. Adelante.
RAF. Si no es molestia, ¿permite usted que le presente para el cobro la letra de la cual creo tiene usted ya noticia?
VAL. Efectivamente; tenemos noticias. (Con marcada intención.)
RAF. (Si sospechará... ¡Ah! ya! Sherlok Holmes aquí.)
SHER. (¡Raffles! ¡lo presentía!)
RAF. (Sagacidad. Cambiemos de táctica.)
SHER. (¡Calma!)
VAL. ¿Y bien?... ¿A cuánto asciende la cantidad? (Con retintín.)
RAF. (Después de una persistente mirada a Sherlok Holmes.) A la más mínima expresión. Mister Walton, no crea usted venga para el cobro de las letras, no.
VAL. ¿Pues entonces?...
RAF. Mi principal objeto es rogarle que la examine usted detenidamente y me diga si la cree falsa o verdadera de la casa Haumman de Leipzig.
VAL. No comprendo...
RAF. Yo sospecho que la firma ha sido falsificada, y que usted y yo hemos sido víctimas de algún caballero de industria de los muchos que pululan por las grandes capitales.
VAL. ¿Qué está usted diciendo?
RAF. La verdad. Tengo para mí que tanto esta letra, como la que me fué por usted pagada el pasado mes, son falsas. Yo he sido

simplemente engañado en el giro por medio del endoso. Justo es que pague yo mi torpeza. Así, pues, sírvase usted devolverme la primera letra y aquí tiene usted su dinero. (Ofreciéndoselo en billetes.).

VAL. No sé si puedo aceptar...

RAF. Me ofendería usted no haciéndolo así.

VAL. Pues bien: delicadeza por delicadeza, debo manifestarle que efectivamente tenía noticia de haber sido falsificado el sello y firma de la casa Haumman. Pero dadas sus francas explicaciones la presencia de mi amigo Sherlok Holmes, en esta casa, ya no tiene objeto sino en el terreno de la amistad.

SHER. (Torpeza sobre torpeza.)

RAF. ¡Cómo! ¿El señor es Sherlok Holmes? ¡El gran detective de fama universal! ¡Oh! cuántos deseos tenía yo de conocerle, de poder estrechar su mano! (Ofreciéndosela.) (De admirar su peluca rubia!) (Véase la página 83.)

SHER. (Y yo su acento extranjero.)

RAF. (¿Entendidos?)

SHER (Entendidos.)

RAF. (Como en los tejados del barrio de Witechápel.)

SHER. (Como en todas partes hasta llegar al final.)

RAF. (Veremos quién vence a quién.)

VAL. Mucho me place que unan ustedes sus amistades.

RAF. ¡Oh! la mía será eterna. Tener por amigo al gran Sherlok Holmes es para mí una verdadera felicidad. El altruismo del señor, dedicándose en cuerpo y alma a la fatigosa labor del detectivismo, merece todo género de alabanzas. Expurgar de la sociedad a esos ladrones de levita: esos émulos de Raffles, que valiéndose de toda clase de mañas logran burlar la acción de la justicia, es heroicidad que merece grabarse en bronces. ¿No lo cree usted así, amigo Doctor?

VAL. Así lo creo yo también. Vuestro lenguaje me entusiasma.

SHER. Señores, vuestras alabanzas enmudecen mi lengua, y mucho más cuando mi misión en esta casa ha fracasado. Precisa, pues, buscar el desquite.

RAF. ¿Qué? ¿Pretendéis capturar al falsificador de las letras?

SHER. Tengo de ello la más completa seguridad.

RAF. Avisadme el día que así sea.

SHER. No dejaré de hacerlo, cuando sea así.

RAF. Confío en ello.

SHER. Confiad.

RAF. Señores... Hotel de Inglaterra, número diecisiete, me hallarán siempre a su disposición. (Saluda ceremoniosamente. El Doctor le acompaña hasta la puerta. Sherlok continúa inmóvil viendo salir á Raffles)

ESCENA VIII

DOCTOR y SHERLOK HOLMES

VAL. Es un correcto caballero. ¿No os parece así? (Reparando en su actitud.) ¿Qué es eso? No me esplico vuestra fría actitud, amigo Holmes.

SHER. Ni yo vuestra candidez, amigo Walton.

VAL. Qué queréis significarme con vuestras palabras?

SHER. ¿A quién pensáis que acabáis de dar la mano?

VAL. (Leyendo la tarjeta que le fué entregada en la escena sexta.) Al señor Henry Bergman.

SHER. Os equivocáis: al propio Raffles.

VAL. ¿Raffles?

SHER. Raffles, sí; que al reconocerme a pesar de mi peluca rubia, cambió sus propósitos instantáneamente, retirando la letra falsa que obraba en vuestro poder, para no dejar rastro de culpabilidad, fingiendo ser él la sola víctima de la estafa.

VAL. ¿Y por qué no me avisastéis?

SHER. Porque vuestra inexperiencia me colocó en ridícula posición.

VAL. Decís verdad. ¡Pero ahora caigo! Quizás los billetes de Banco que me dió por retorno de la letra falsa, sean falsos también. (Registrándose los bolsillos.) ¡Gran Dios!...

SHER. ¿Qué os sucede?

VAL. ¡No los tengo!... Han desaparecido!... y también mi cartera que contenía dos mil libras esterlinas que me fueron entregadas por Daniel! ¿pero cómo puede haber desaparecido?

SHER. Preguntádselo a Raffles.

VAL. ¡Oh! ¡si! ¡no hay duda! ¡El me la ha robado! Pero con qué maravillosa habilidad ha podido...

SHER. Con la misma que he empleado yo para quitársela a él! (Presentándole la cartera robada por Raffles al Doctor. Cuadro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO IV

Marta y Daniel

Gabinete de consulta en casa del Doctor Walton. Puerta de entrada lateral derecha. Por todo fondo gran armario con instrumentos de cirugía. En la izquierda puerta escusada.

ESCENA PRIMERA

DANIEL, escribiendo de espaldas a la puerta de entrada en la mesa colocada a la izquierda. Doctor WALTON auscultando al INSPECTOR RICHARSON que fingiéndose enfermo, está sentado en un sillón de gutapercha, en el centro de la escena. ARTURO, junto a la puerta de entrada.

VAL. (Después de una pausa.) No es cosa de cuidado. Vuestro cuerpo no tiene fractura alguna. Os lo aseguro.

INS. Pero el caso es que el dolor de la espalda no me deja dormir una noche completa.

VAL. ¿El accidente de vuestra caída no tuvo lugar hace ya más de un año, según habéis dicho?

INS. Catorce meses ya van cumplidos. (Y no miento).

VAL. ¿Cuál es vuestro oficio?

INS. Deshollinador. Estaba con un compañero

limpiando una gran chimenea, cuando de pronto, el amigo, que se hallaba a unos tres metros sobre mi cabeza, resbaló, y en su caída fuimos los dos a dar de bruces en la repisa del fuego.

VAL. ¿Estaría apagado, eh?

INS. Por supuesto.

VAL. Pues lo repito; no existe en vuestro cuerpo el menor síntoma de fractura.

INS. Dios lo quiera. Pero este dolor...

VAL. Si tanto persistís, podéis volver dentro de tres días.

INS. ¿El viernes?

VAL. Eso es.

INS. ¿Es día de visita gratis?

VAL. Todos los martes y viernes.

INS. Es que como los pobres no disponemos de medios para pagar a los buenos doctores...

VAL. Si os hicieran falta medicamentos, también los obtendréis de balde.

INS. Mil gracias. (Si pudiese verle la cara...) (Acercándose a Daniel.)

ART. Por aquí, por aquí, buen hombre. (Guiándole hacia la derecha,)

INS. Perdonad; como no sé, y no veo mucho... (Vase por la derecha.)

DAN. ¡Otra carta de ese infame! Cada día agranda más sus pretensiones.) (Arrugando un papel.)

ART. Señor Doctor... (Acercándose al Doctor que se ocupa en recoger varios instrumentos de cirugía.)

VAL. ¿Qué se ofrece, Arturito?

ART. Este hombre que acaba de salir, no es un limpia chimeneas.

VAL. ¿Por qué razón?

ART. Porque...

VAL. ¿No has visto su cara y manos llenas de hollín?

ART. Sí; pero tiene las uñas muy bien recortadas, y el fondo de las orejas, completamente limpio.

VAL. ¡Ja, ja, ja! No está mal la deducción, pequeño Sherlok Holmes.

ART. Decididamente soy detective.
VAL. ¡Ea! Déjate de detectivismo y haz entrar el número que sigue.
ART. Al momento. Solo queda uno: el dieciseis.
VAL. Que pase. (Arturo va a la puerta de la derecha.)
DAN. (Esta vez me es imposible acceder a sus exigencias. No creo por eso que llegue a cumplir sus amenazas.)
ART. El número dieciseis. Adelante.

ESCENA II

Doctor WALTON, ARTURO y BUCK, fingiéndose cojo.

BUCK Con licencia.
DAN. (¡Esta voz!... ¡Dios mío! Es él.
ART. (Este cojo... este cojo... me parece que no cojea con naturalidad.) (Desaparece por la derecha.)
VAL. Vamos a ver. ¿Cuál es vuestro sufrimiento?
BUCK Esta pata, que no puede seguir la marcha de esta otra. Siempre se queda atrás.
VAL. ¿Y a qué causa obedece tal desequilibrio?
BUCK A un trancazo sufrido aquí. (Señalando la pierna derecha.)
VAL. ¿Aquí?
BUCK Aquí precisamente, no. Pero más arriba o más abajo, si que duele. Es un dolor corredizo.
VAL. Sentaos en este sillón y examinaremos...
BUCK Como usted quiera. (Reparando en Daniel.) Pero, ¡calle! ¿Qué es lo que veo?
VAL. ¿Qué ve usted?
BUCK ¿No es mi antiguo camarada Daniel?
DAN. (¡Estoy perdido!) No acierto a recordar...
BUCK Sí, sí, no hay duda. No me equivoco. Tú eres Daniel.
DAN. Repito que...
BUCK Mala memoria tienes, amigo. ¿Así se olvida a los compinches de antaño?

VAL. ¡Compinches! ¿Qué lenguaje es ese?

BUCK El lenguaje de la verdad, tratándose de amigos que han estado unidos por... por circunstancias especiales de la vida.

VVL. Explíquese usted mejor.

BUCK Sencillamente; Este joven y yo hemos sido compañeros de... (Haciendo un gesto canallesco.)

VAL. ¡Cómo! ¿Daniel?

BUCK Pero si ahora no quiere reconocerme, más perderá él que yo.

DAN. (¡Oh, fatalidad!)

BUCK Su vanidad de pavo real le impide alargarme la mano; pero bien supo alargarla hace poco más de un año, por ejemplo, la noche en que fué escalada la casa de...

DAN. ¡Miserable! (Abalanzándose hacia él)

VAL. Deténgase usted. (A Daniel.) Prosiga. (A Buck.)

BUCK Mucho que sí. La noche que fué asaltada la casa del comerciante Wiliams. El robo fracasó. Raffles supo huir por una chimenea; pero el amigo Daniel, herido en el brazo izquierdo, fué atrapado por la policía. Si no quiere confesar su participación en el robo y asesinato del portero de la casa, que demuestre que no conserva en su cuerpo señales de la cicatriz.

DAN. ¡Infame! Fuiste tú quien disparó sobre el portero dándole muerte instantanemente.

BUCK ¡Ah, vaya! ¡Ya vamos confesando! Ve usted, Doctor, como somos compinches de antaño?

VAL. ¿Y a qué obedece semejante declaración en contra de Daniel?

BUCK Pues obedece al sabroso placer de la venganza. Daniel fué quien para aligerar su culpabilidad ante los tribunales, me delató como principal autor del crimen, por la sencilla razón de que Sherlok Holmes me atrapó en los tejados, equivocándome con Raffles el cual supo huir por la cristalería de un cercano pasaje. ¿Digo verdad, sí o no? (A Daniel.)

DAN. Sí.

VAL. ¿Será posible?

BUCK No tengo inconveniente en jurar todo lo que digo.

VAL. ¡Basta! Retírese usted. (A Buck.) Yo me entenderé con el señor. (Por Daniel.)

BUCK Eso es hablar en razón, Doctor. Pues no es justo que unos gocen de la impunidad, mientras otros tienen que pagar con la cárcel toda la culpa de los demás. Yo ya cumplí estrictamente la condena que me fué impuesta. Que cumpla él la suya y estaremos en paz. Este ha sido el objeto de mi visita. Referente a mis piernas, no paséis cuidado por ellas, Doctor, todavía están fuertes para seguir los pasos de quien en su opulencia se niega a socorrer a los amigos: He dicho. Hasta más ver, compinche Daniel.

ESCENA III

DOCTOR y DANIEL.

VAL. Daniel, preciso es que me dé usted explicaciones de su conducta. La infame delación de ese hombre podría ofrecerme el más grande de los desprecios si usted, con resuelta actitud y claras palabras, manifestara sus hechos. ¿Es cierto lo que ha dicho ese hombre o es que se halla usted anonadado por la monstruosidad de la acusación? Responda usted.

DAN. Desgraciadamenie el hecho es cierto. La fatalidad, la desesperación de la miseria me arrojó por la pendiente del crimen. Pude burlar la acción de la justicia. Pasé algún tiempo curándome en el hospital de

Sant George. Cuando salí de él y hallé protección en esta casa, me creí feliz. Desde algunos meses acá, muchas son las cartas que he recibido de ese infame, exigiéndome dinero por su silencio. Sus pretensiones han ido aumentando de día en día, hasta el punto en que no pudiendo satisfacerlas, el miserable ha llegado al extremo con que siempre me amenazó: la delación.

VAL. ¿Y por qué motivo, usted, en quien he depositado toda mi confianza, nunca me ha dicho nada de ello?

DAN. Porque temía que las infinitas bondades de usted para conmigo y su declarada protección, quedasen muertas de un solo golpe.

VAL. Poca es la confianza que de usted he merecido, Daniel.

DAN. ¡Oh, señor! Me confunden sus benévolas palabras. Si yo me hubiese atrevido...

VAL. Repito que la desconfianza de usted mucho daña mis altruistas sentimientos.

DAN. Dice usted gran verdad, Doctor; y quizás mi próximo casamiento con mi adorada Marta, ha sido la principal causa de mi silencio.

VAL. ¿Es decir que Marta no sabe...?

DAN. Ella es inocente de todo, señor, de todo. Marta no sabe nada de mi pasado. Absolutamente nada.

ESCENA IV

Dichos y MARTA por la derecha.

MAR. Marta lo sabe todo, señor.

VAL. ¿Qué escucho?

MAR. Daniel, tu porvenir es el mío. No mientas por el placer de salvarme.

VAL. ¿Es decir que usted no ignoraba quién era Daniel?

MAR. Nada ignoraba. Cantante callejera, conocí a Daniel en un bodegón de los barrios extremos de Londres, la noche que se intentó el robo en la casa Wiliams, cuyo portero fué asesinado al querer perseguir a los ladrones.

VAL. ¿El comerciante Wiliams? Conozco el hecho. Fué un fracaso de Raffles, debido a la torpeza de sus cómplices, según el mismo afirmó, al ser tachado de ladrón vulgar.

DAN. Yo fuí uno de sus cómplices, sí; pero juro que Marta, no tuvo en el lance la más mínima parte de culpa.

VAL. Sea como sea, el hecho es que ella se hallaba junto a usted, aquella misma noche y en un inmundo bodegón.

MAR. Es cierto.

VAL. Por consiguiente, la conducta observada por ustedes, y sobre todo, el afán de encubrirse últimamente con una mentira, impide su presencia en esta casa. Así pues, desde este momento ya están de más en ella.

DAN. Yo sí. Comprendo que se me arroje a la calle, pero a Marta, a mi querida Marta...

VAL. (Remarcando.) Su... querida Marta debe seguir la suerte del aprovechado Daniel.

MAR. Ya lo dije antes, señor; el porvenir de Daniel es el mío. Nuestros corazones están unidos por la desgracia. (Suplicando.) Doctor, ¿permite usted que me despida de su esposa, a quien tantos favores debo?

VAL. De ninguna manera. Mi esposa nada debe saber de estos repugnantes asuntos. Ya buscaré yo una excusa para justificar la ausencia de nuestros protegidos.

D. Y M. ¡Ah, señor! (Arrodillándose e intentando besarle las manos.)

VAL. No delataré nunca a ustedes; pero tampo-

co quiero verles en mi presencia, ni hallarles a mi paso.

DAN. (Dolorosamente.) ¿Vamos, Marta?

MAR. ¿A dónde?

DAN. A engrosar el montón de los desgraciados.

ESCENA V

Dichos, Inspector RICHARDSON y dos POLISMANS por la derecha.

INS. Con vuestro permiso, señor Doctor.

VAL. ¡La policía en mi casa!

INS. ¿No viven con usted dos jóvenes llamados Marta y Daniel?

VAL. Efectivamente, aquí viven. ¿Qué se desea de ellos?

INS. Me precisa verlos.

VAL. Al momento. Miss Ethelmina... (A Marta.) vaya usted a avisar a Marta. Y usted, Gustavo... (Dirigiéndose a Daniel.) avise a Daniel. El señor Inspector desea verlos. (Rápidamente.) (Escapen ustedes por la puerta escusada del saloncillo azul.) (Vanse Marta y Daniel por la puerta lateral izquierda.)

INS. Dispense usted, Doctor, pero esos jóvenes...

VAL. Ella es la institutriz. El, mi secretario de oficina.

INS. Sin embargo, cuando entré en este gabinete, disfrazado de deshollinador y fingiéndome enfermo, para efectuar ciertas indagaciones, creí comprender que...

VAL. ¿Que el joven que estaba en aquella mesa era mi escribiente? Comprendió usted bien.

INS. Es que obedeciendo órdenes superiores, debo prender a los llamados Marta y Daniel.

ESCENA IV

Dichos, MARTA y DANIEL, por la puerta de la derecha.

DAN. Aqui está Daniel, señor.

MAR. Y aquí tenéis a Marta.

VAL. ¡Cómo! ¿Vosotros?...

DAN. ¿No nos mandásteis llamar?

VAL. (¡No han querido escaparse!) El señor Inspertor es quien reclama vuestra presencia.

INS. Efectivamente. Y agradezco a ustedes la prontitud en acudir a mi demanda al ser avisados por la institutriz... Miss Ethelvina, y el escribiente... Gustavo. (Con refinada ironía.)

DAN. ¿Qué se desea de nosotros?

INS. Quedan ustedes detenidos por orden de Sherlck Holmes.

MAR. ¿A dónde se nos conduce?

INS. Me es imposible dar más explicaciones.

DAN. Estamos a su disposición. (Vanse.)

VAL. (Viéndoles marchar,) ¡Sherlok Holmes! ¡Ah! No me cabe duda. Son verdaderos culpables.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO V

La Jefatura de Policía

Pasillo de la Jefatura de Policía. Un banco en el fondo derecha. Una puerta a la derecha.

ESCENA PRIMERA

MARTA y DANIEL sentados en el banco. Dos POLISMANS en la puerta.

DAN. No acierto a comprender a qué obedece tan larga espera. Mucho rato llevamos en este banco sin que nadie nos haya dicho lo que se desea de nosotros.

MAR. ¡No te impacientes, Daniel! La desgracia no tiene necesidad de ser espoleada, demasiado pronto llegará a pesar nuestro.

DAN. Verdad es, pero hay situaciones en la vida, y ésta es una de ellas, que más vale la precipitación que la calma.

MAR. Por el cielo santo no te desesperes, Daniel. La justicia de los hombres no es infalible; confiemos en la justicia de Dios.

DAN. La fatalidad no deja de perseguirnos. Por lo muy feliz que me creía en casa de nues-

tro bienhechor, el doctor Walton, mucho más he sentido el golpe del infortunio. ¡Ah, Marta! ¿Por qué uniste tu suerte a la mía?

MAR. Porque el destino así lo ha querido, porque los impulsos del corazón no pueden falsearse cuando se ama de veras.

ESCENA II

Dichos y el INSPECTOR seguido de SHERLOK HOLMES, por la lateral izquierda.

INS. Levántense ustedes.

SHER. No con tanta dureza, Inspector Richardson.

INS. Dispensadme, señor Sherlok Holmes.

MAR. ¡Sherlok Holmes!

DAN. El célebre detective.

SHER. (Adelantándose). Directamente al asunto: el tiempo apremia y precisa no malgastarle en largas explicaciones (A Marta). ¿El nombre de usted señorita, no es Marta Davitson Krindell?

MAR. (Sorpendida). Efectivamente, ese es mi nombre, señor.

SHER. Y el de usted ¿no es Daniel Collegé, mecánico de oficio?

DAN. Ciertamente, ese soy yo.

SHER. ¿Conocéis a un sujeto llamado Buck?

DAN. Desgraciadamente le conozco. El sin duda ha sido mi delator.

SHER. Os equivocáis; a lo que obedece el haber sido arrestados aparentemente en casa del doctor Walton, no es para explicado en estos momentos. Básteos saber por ahora que vuestra presencia en dicha casa no era muy conveniente para los planes que interesa seguir para lograr la completa felicidad de la señorita Marta, heredera quizás de una gran fortuna.

MAR. No comprendo ni una sola de vuestras palabras, y me maravillan todos vuestros conceptos. Mucho más, si todo lo que me decís no puede ser causa de alejarme de mi amado Daniel.

SHER. Conozco la vida de Daniel en todos sus detalles, y aunque alguno de ellos pudiera dar motivo a ciertas complicaciones, nada temáis por él. Yo os aseguro que al final de la jornada quedará vindicada su conducta ante la sociedad.

MAR. Ese es mi mayor deseo, y por verlo realizado, daría gustosa toda la sangre de mis venas.

SHER. (Sonriéndose). No habrá necesidad de tanto. Una pregunta más y nos pondremos en acción. ¿Habéis conocido al judío James Mallins?

MAR. ¡Mallins! Ha sido mi tutor. Desapareció de Londres abandonándome y llevándose consigo mi escasa dote. Tengo vagas noticias de su muerte. Si así es, que Dios le haya perdonado todo el mal que me hizo.

SHER. El judío James vive todavía. ¿Le reconoceríais, sin que os fuese presentado indirectamente?

MAR. Sin la menor dificultad a pesar del tiempo transcurrido.

SHER. ¿Y a su... llamémosla esposa?

MAR. ¿A la italiana Castorini? Ya lo creo. Ella fué la principal causa de mi desgracia.

SHER. Lo creo; pero esta vez ella ha sido el primer indicio de mis investigaciones (Consultando su reloj). Son las ocho y cuarto; a las nueve principia el baile de la Embajada rusa, no podemos perder momento. Seguidme los dos, y por el camino ampliaremos nuestras explicaciones. Inspector Richardson, vuestra presencia en el baile me será muy conveniente. No faltéis a él desde su principio.

INS. No faltaré.

SHER. Podéis retiraros.
INS. A vuestras órdenes.
SHER. Inútil considero encomendaros el más profundo silencio de todo cuanto habéis oído.
INS. Confiad en mí. (Vase).
SHER. Y nosotros también al baile de la Embajada.

CUADRO VI

El Baile de la Embajada

Gran salón fumador. Galería de cristales al foro. Puertas laterales. Divanes, alfombra, cortinajes, estatuas sobre pedestales. Un puff en el centro. Un vis a vis en primer término izquierda. Lámparas eléctricas, sillería, volantes, etc. Varios criados de librea cruzan por el foro con sendas bandejas de sorbetes, emparedados, y otras clases de golosinas. Oyense los últimos acordes de un vals Boston de Wandelgeld.

ESCENA PRIMERA

DR. WALTON, EL CORONEL MERRITT y Criados.

VAL. Aquí podremos fumar tranquilamente un cigarro, Coronel.
COR. Ved la marca que preferís. (Ofreciéndole varias marcas de tabacos de un elegante veladorcito que se halla a la derecha. ¿Alvarez o Henry Clair?
VAL. No siento preferencia por ninguna. (Tomando uno).
COR. (Presentando un encendedor). Fuego con él. (Encendiendo los tabacos).
VAL. Pláceme vuestra voz de mando militar.
COR. Militar en alma y vida. Los campos de batalla son mi elemento, los salones de baile

son mi desesperación. Pero mi esposa gusta de ellos, y ¡qué diablo! preciso es complacer al sexo débil para buen crédito del fuerte. (Sentándose en el puff).

VAL. Por esta misma razón acudo yo a estos salones. Mi esposa es la causa de ello; pues mi edad no es la más apropósito para entregarse a la voluptuosidad de un vals, y mucho menos a los fatigosos compases de una polka.

COR. Ese es también mi parecer; mas no todo el mundo lo cree así. Por ejemplo: aquel caballero de barbuquejo teñido, que tanto llama la atención, por las valiosas joyas que ostenta su joven pareja, a la cual no abandona un momento.

VAL. Ciertamenta que el tal señor cuenta con demasiada edad para entregarse con tal afán a la danza. ¿Acaso le conocéis?

COR. Conozco solamente sus nombres; Eva Castorini, y su esposo James Mallins. Dícese que deben la mayor parte de su fortuna a explotación de unas minas de platino en el Transvaal; pero yo no lo creo así. Hay en su historia algún punto misterioso que me da mucho que pensar.

VAL. ¿De manera que esa pareja de baile es?...

COR. Es su esposa, y no nos metamos en honduras.

VAL. Lo digo, porque entre los dos llama mucho la atención la diferencia de edad.

COR. ¡Pseh!... ¿Qué queréis? También resulta un tanto ridiculo danzar un marido con su esposa, y sin embargo, no se sueltan del brazo en toda la noche.

VAL. Lo que es ella luce una millonada en alhajas. El collar de brillantes que ostenta en su escote, bien puede valer diez mil libras.

COR. Quizá más. No soy perito en la materia, pero...

VAL. Silencio, aquí llegan ellos. (Levantándose al verles llegar por el fondo izquierda).

ESCENA II

Dichos, JAMES y EVA, con un espléndido collar y otras valiosas joyas.

JAM. Repito que por mi parte abandonaria ya estos salones. Semejante concesión no me la explico.

EVA. Me ha solicitado la segunda polka con tanta finura, que me visto obligada a anotarla en mi carnet.

JAM. Sí. pero tú...

EVA. Son exigencias de la alta sociedad.

JAM. Es que yo...

EVA. Basta; que pueden escucharnos.

JAM. Es verdad. Disimulemos. Señores... (Saludándose todos ceremoniosamente).

COR. Señora...

VAL. Caballero...

COR. ¿Cómo es eso? ¿Abandonan ustedes el baile cuando se halla en su mayor apogeo?

EVA. De ninguna manera. Mi esposo es el que se siente algo fatigado y viene aquí a encender un tabaco.

COR. (Presentándole dos cajas de tabacos). A su elección.

JAM. (Maquinalmente coge un cigarro. Walton le presenta el encendedor). Mil gracias, señores. (En tanto enciende, Eva se dirige a un espejo).

COR. Efectivamente, el collar vale un dineral.

VAL. Es una verdadera joya de inestimable valor.

ESCENA III

Dichos y RAFFLES.

RAF. Señora... llegó mi vez. La polka va a dar principio. Caballeros, dispensen ustedes que les venga a robar tan preciosa joya. (La ofrece el brazo que Eva acepta, al propio tiempo que se escuchan los primeros acordes de la orquesta, Vanse por el fondo).

ESCENA IV

WALTON, CORONEL y JAMES

COR. Mucho gusta del placer del baile vuestra simpática esposa, señor Mallins.
JAM. Quizá más de lo conveniente.
COR. ¿Acaso sois celoso?
JAM. Celoso, no. Pero sin embargo, hay momentos en que un marido no puede desprenderse de ciertas contrariedades.
COR. El joven que se ha llevado a vuestra esposa es el prototipo de la delicadeza. Nada tema.
JAM. ¿Le conoce usted muy a fondo?
COR. Es el Vizconde de Guitlemill, gran jugado criket, y asiduo concurrente a las carreras de caballos, donde ha ganado cuantiosas apuestas.
VAL. ¡Oh! Se lo disputan en las mejores reuniones de Londres.
JAM. Como yo no tenía el honor de conocerle, me ha extrañado mucho su afán de bailar con mi esposa.
VAL. No tiene eso nada de particular; pues gusta de obsequiar a las damas, y baila a las mil maravillas.
JAM. Siendo así, ¿vamos a admirar a ese prodigio?
VAL. Como usted guste.
COR. Vamos.
VAL. (Al Coronel). (Lo dicho, dicho; es un marido altamente celoso).
COR. (Altamente ridículo). (Vanse por la izquierda, al mismo tiempo que por la derecha aparecen los personajes de la siguiente:

ESCENA V

SHERLOK HOLMES, MARTA, DANIEL e INSPECTOR

SHER. (A Marta). ¿Conocéis a alguno de esos caballeros, Marta?

MAR. El de la derecha es el doctor Walton, y el de la izquierda es James Mallins, mi infame tutor. No me cabe la menor duda.

SHER. Perfectamente. Ahora sólo falta el reconocimiento de cierta encopetada señora.

MAR. La... llamémosla esposa de mi tutor.

SHER. La misma. ¿Sabrá usted reconocerla?

MAR. Entre mil señoras que se halle confundida no la equivocaré.

SHER. Inspector Richardson, sírvase usted guiar a esta joven hasta el salón de baile, sin que sea vista por nadie, pues su humilde traje podría llamar la atención.

INS. Nos ocultaremos entre los cortinajes del salón.

SHER. Eso es. Y sobre todo fíjese usted bien en la dama que esta señorita designe.

INS. Me fijaré y no se me despintará. (Vanse por la primera puerta lateral de la izquierda).

ESCENA VI

SHERLOK y DANIEL

SHER. Y ahora, amigo Daniel, continuando nuestras explicaciones, repito que nada debéis temer respecto a la delación del llamado Buck. Vuestra detención quizás ha pecado de aparatosa, no lo niego; pero ha sido necesario semejante proceder para la realización de mis planes.

DAN. Pero la opinión que tendrá de nosotros el señor Walton...

SHER. El Doctor es muy amigo mío; pero él más que nadie me precisa que vea en usted la mayor cantidad de culpabilidad posible.

DAN. Por más que no acabo de comprender la totalidad de su intención, a usted me entrego en cuerpo y alma, sin reparo de ninguna especie.

SHER. Yo sabré agradecer tanta bondad. Por lo pronto es preciso que todo el mundo crea a usted en la cárcel, y a Marta en el más completo abandono. Y como el lugar más seguro para que usted no sea reconocida es mi propia casa, en ella vivirá usted, fingiéndose mi criado. Perdóneme el papel que le tengo destinado, pero las circunstancias obligan a ello, para el mayor éxito de Marta.

DAN. Tratándose de Marta, no hay sacrificio al que no me halle dispuesto para el logro de su felicidad.

SHER. De Marta se trata y de su gran fortuna, de la cual fué burdamente despojada.

DAN. ¡Qué escucho! ¡Marta rica! Marta heredera de...

SHER. Heredera de veinte mil libras esterlinas.

DAN. ¡Será posible!

SHER. Para que posible sea la he conducido a estos salones.

DAN. El cielo quiera que se realice nuestro plan con el más completo éxito.

SHER. Alguien se acerca. No es conveniente que seamos vistos. Id a reuniros con Marta y el Inspector Richardson, los hallaréis en ese saloncillo. (Señalando la puerta de la primera izquierda). Yo iré a reunirme con ustedes prontamente. (Vase Daniel).

ESCENA VII

JAMES MALLINS y el CORONEL (por el foro izquierda).

JAM. Será todo lo social que se quiera; pero privar a un marido de la compañía de su esposa, no me parece... no lo creo... no lo considero, no. Vaya, no encuentro la frase propia para expresarme políticamente.

COR. ¿No lo creéis propicio, eh? No es eso lo que queréis significar?

JAM. Eso es: propicio, propicio en toda la extensión de la palabra.

COR. Permitid que repita que la alta sociedad tiene sus exigencias, y...

JAM. Pero es que secuestrar a mi esposa para todos los bailes de la noche...

COR. De lo cual me felicito, porque así tendré el placer de vuestra conversación.

JAM. Agradezco vuestra amabilidad, Coronel, pero...

COR. ¿Pero sentís la ausencia de vuestra esposa? No seáis tan avaro de su belleza, dejadla que goce del placer de verse obsequiada por lo mejor de nuestros salones. Por mi parte, si yo me hallara en condición de galanteador, no sería de los últimos en formar el coro de sus admiradores. (Grandes murmullos en el salón de baile).

JAM. ¡Eh! ¿Qué murmullos son esos?

COR. Algo extraordinario sucede en el salón.

JAM. Veamos que es ello.

ESCENA VIII

Dichos, DOCTOR WALTON seguido de varios caballeros, militares, diplomáticos, etc.

VAL. ¡Esto es inconcebible! ¡No tiene explicación!

COR. ¿Qué ocurre, doctor?

VAL. Que ya son varias las damas que echan de menos sus brazaletes de oro, sus broches de brillantes, así como también algún caballero su reloj de bolsillo.

JAM. El mío también me falta. (Notando la desaparición).

COR. ¿Cómo es posible?

VAL. ¿Será verdad?

JAM. Mirad mi bolsillo completamente vacío. (Mostrando el del chaleco). Un reloj de oro con incrustaciones de diamantes, valorado en doscientas libras.

COR. No me explico tanta audacia en estos aristocráticos salones.

JAM. Es preciso de todo punto descubrir al ladrón.

ESCENA IX

Dichos y EVA sin el collar.

EVA ¡James!... ¡James!... ¡Ah! ¿Estás aquí?

JAM. Aquí estoy, querida, ¿qué te sucede?

EVA Que mi collar de brillantes ha desaparecido.

JAM. ¿Cómo?

EVA No sé... no puedo precisar en qué momento. Y el caso es que a muchas señoras les sucede lo mismo que a mí. También echan de menos sus joyas.

JAM. ¿Y qué me importa a mí de los demás? Mi reloj y tu collar es lo que me interesa. (Completamente azorado y descompuesto).

COR. No os descompongáis por eso, señor James. La pérdida de vuestra joya, no creo que pueda hacer vacilar vuestra inmensa fortuna.

JAM. Seguramente; pero...

VAL. El caso es extraordinario y merece toda nuestra atención. (Varios grupos en el fondo comentan lo sucedido sin estorbar el diálogo).

COR. Usted, señora, ¿no puede precisar ningún detalle de lo ocurrido?

EVA No, no. Nada puedo recordar que dé motivo de sospecha.

VAL. ¡Ah! Si se hallara aquí Sherlok Holmes, pronto sabríamos a qué atenernos.

ESCENA X

Dichos y SHERLOK

SHER. Sherlok Holmes, ¿decís? Aquí me tenéis.

TODOS. ¡Sherlk Holmes! ¡El gran detective!

VAL. ¡Oh, felicidad! No podíais llegar más a tiempo, querido amigo. (Estrechándole la mano),

SHER. ¿De qué se trata?

VAL. De la inexplicable desaparición de una multitud de valiosas joyas.

JAM. Mirad; a mí un reloj y chatéleine, y a mi esposa un magnífico collar de brillantes, por el cual dí mil quinientas libras.

SHER. Permitid, caballero, que interrogue a la señora.

JAM. Mi esposa.

SHER. Lo celebro. Decid, señora: ¿cuándo notásteis la falta de vuestro collar?

EVA Al terminar la segunda polka del programa.

SHER. ¿El broche del collar es de resorte visible o secreto?

EVA Visible por dos brillantes rosa en los extremos del cierre.

SHER. ¿En el transcurso de la polka, ha notado usted algún ligero roce en la garganta?

EVA Nada, absolutamente... Es decir, sí, ahora recuerdo que una pareja que polkeaba cerca de nosotros, ha resbalado; pero gracias

a la prontitud de mi caballero, desprendiéndose de mi cintura, no han perdido el equilibrio.

SHER. ¿Y nada más?

EVA Nada más.

SHER. ¿Y desde aquel momento habéis echado de menos la joya?

EVA No, no he notado su falta hasta muy luego, cuando muchas señoras lamentaban la pérdida de sus brazaletes y sortijas. Entonces es cuando me he dado cuenta de la desaparición de mi collar.

SHER. ¿Es decir que no es usted sola la que lamenta la falta de alguna valiosa joya?

EVA No, no, son varias las víctimas, caballero.

SHER. ¿Señoras todas ellas?

JAM. No por cierto, que a mí también me falta el reloj de oro, un reloj con incrustaciones de diamantes, que vale...

COR. Doscientas libras; ya lo habéis dicho anteriormente.

VAL. ¿Qué deducís de todo ello, amigo Sherlok?

SHER. Que sólo un hombre existe en Londres capaz por su habilidad de semejante audacia para todas esas substracciones.

JAM. ¿Y ese hombre es?...

SHER. Raffles.

COR. ¡Raffles! ¡Bah! No creo yo en las suertes de prestidigitación, sino en los teatros.

SHER. Pues es preciso creer en ello, Coronel. Raffles es un verdadero artista en su género.

COR. Pero acaso se halla entre nosotros ese portento de habilidad.

SHER. Eso es lo que falta saber. Por lo pronto ruego a ustedes que vuelvan a los salones de baile y sigan comentando lo sucedido, pero guardando la más absoluta reserva de mi presencia en esta casa. Usted, amigo Doctor, trate de que mis deseos sean lo más posiblemente cumplidos.

VAL. Así lo procuraré.

JAM. Si logro recuperar mis alhajas contad con...

SHER. Conque volverá usted a verme, ¿no es eso, señor James Mallins?

JAM. Mi agradecimiento será inmenso.

VAL. Vamos; señores.

TODOS. Vamos. (Saludan y van por el fondo izquierda, haciendo comentarios en voz baja).

ESCENA XI

SHERLOK HOLMES solo. Después el INSPECTOR, DANIEL y MARTA, por donde se marcharon en la escena V.

SHER. No me cabe la menor duda. Raffles se encuentra entre la aristocrática concurrencia de estos lujosos salones. Esos juegos de de habilidad son su fuerte. Puede decirse que se halla en su verdadero elemento; procuremos hallarnos en el mío. (Llamando en voz baja por la puerta de la izquierda). Richardson, Marta, Daniel... salid al punto.

INS. ¿Qué se ofrece, maestro?

SHER. Guiad a estos jóvenes a mi automóvil y que el chauffer los conducza a mi casa. Vos, procuradme un peluquín y una librea de servicio, y esperadme en el guardarropa.

INS. Comprendido.

SHER. (A Marta). Vosotros ni una palabra. Una vez reconocidos como lo habéis hecho, al señor Mallins y a su compañera, nada os resta que hacer en estos lugares. Vuestra presencia podría hacer fracasar la realización de la idea que aquí me detiene.

MAR. Os obedeceremos, señor. (Vanse por el fondo derecha).

ESCENA XII

SHERLOK HOLMES

SHER. La casualidad pone ante mi paso al infame estafador Mallins. Doble será la jugada si

Raffles cae entre mis manos esta misma noche. No hay instante que perder. (Vase por el fondo derecha).

ESCENA XIII

RAFFLES, que aparece por la izquierda con un magnífico collar de de brillantes en la mano izquierda.

RAF. Sherlok se encuentra aquí: sigue mis huellas, pero yo sigo las suyas. No es conveniente precipitar mi salida. Procedamos con calma. El afán de ahogar la indignación que entre los concurrentes debe haber producido la desaparición de tanta joya, especialmente la de este collar de la vanidosa señora de Mallins, es lo que más me ha hecho sospechar la presencia de Sherlok. El conoce mi sistema; tampoco yo ignoro el suyo. Sería una verdadera lástima perder ahora esta alhaja. (Queda por un momento contemplando el collar. Sherlok, vistiendo casaca y peluquín, aparece por el fondo izquierda. Al reconocer a Raffles, se oculta detrás del puff). Las piedras son de un inmenso valor. Tratemos de hacerlas desaparecer para no comprometer mi salida. (Va a marcharse por la derecha, siendo detenido por Sherlok Holmes agarrándole por el brazo izquierdo).

SHER. ¡Por fin eres mío, Raffles!

RAF. ¡Tampoco esta vez, Sherlok. (Desprendiéndose rápidamente del brazo, que queda en poder de Sherlok, menos el collar de brillantes que ha logrado coger con la mano derecha. Para este juego escénico véase la nota final, página 83).

SHER. ¡Me ha burlado! Me pasma su habilidad. (Oyense los primeros acordes de un vals. Sherlok queda absorto viendo marchar a Raffles, el cual, con sus dos brazos naturales saluda elegantemente a varias parejas, que cruzando por el fondo se dirigen al salón de baile. Cúidese este final).

TELÓN

FINAL DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO VII

Sherlok y Raffles

Habitación en casa de Sherlok Holmes. Puerta de entrada a la derecha lateral. Balcón en el fondo derecha. Muebles de gusto severo. Una caja de caudales en la pared de la izquierda. Mesa en el centro.

ESCENA PRIMERA

SHERLOK, vistiendo una larga bata y examinando el brazo que se desprendió de Raffles en el acto anterior.

SHER. La construción es sumamente ingeniosa. ¡Para cuántas substracciones habrá servido! Ahora me explico el robo de alhajas en el mostrador de varias joyerías. Oculto su verdadero brazo entre los pliegues de la levita, el escamoteo era la cosa más sencilla del mundo. (Continúa examinándolo.) La articulación del codo es perfecta. No lo son tanto las de los dedos; pero de todas maneras sirve para el caso. (Tocando el timbre.) Es preciso sacar partido de las circunstancias.

ESCENA II

SHERLOK y DANIEL, por la puerta del foro izquierda.

DAN. ¿Se le ofrece a usted algo, señor Sherlok?

SHER. Acérquese usted, Daniel. Examine este brazo, y dígame si ofrece grandes inconvenientes darle rigidez, estableciendo por su interior una corriente eléctrica, y afilar sus uñas convirtiéndolas en garras. Usted, como buen mecánico, debe saberlo, ¿no es cierto?

DAN. No hay en ello ningún inconveniente. El arreglo es sumamente fácil, y si usted quiere, hoy mismo principiaré el trabajo.

SHER. No hay perentoria necesidad. Es una idea sin importancia ninguna, sencillamente un capricho de juguetería.

DAN. Cuando usted quiera puede verlo satisfecho. (Timbre dentro.)

SHER. ¡Bah! Ya pensaremos en ello cualquier día. (Guardando indiferentemente el brazo dentro de una caja de cartón en un mueble de la izquierda.) Alguien se acerca. Retírese usted. No le conviene todavía hacerse muy visible.

DAN. A sus órdenes. (Vase por la puerta del fondo izquierda.)

ESCENA III

SHERLOK y Doctor WALTON, por la primera derecha.

SHER. ¿Quién será la visita? ¡Oh, qué agradable sorpresa! ¿El amigo Walton en mi casa?

VAL. Así es en efecto; puesto que vos no os dignáis visitarme y desaparecéis del baile como quien huye.

SHER. Vos lo habéis dicho: como quien huye de sí mismo, para evitar el ridículo del fracaso.

VAL. ¿Fracasar Sherlok Holmes? No es posible.

SHER. De todo hay en el mundo, cuando se lucha con rivales de buen temple, como el sagaz Raffles.

VAL. ¡Raffles! Lo que es yo, no supe reconocerle ayer noche en el baile de la Embajada.

SHER. Y sin embargo, Raffles se hallaba en aquellos salones substrayendo alhajas a las aristocráticas damas.

VAL. Para tratar de una de ellas, a vos acudo en estos momentos.

SHER. ¿De las damas o de las alhajas?

VAL. De unas y otras.

SHER. Explicaos mejor. (Sentándose al lado de la derecha primer término y encendiendo su pipa.) Os escucho atentamente.

VAL. El robo que ayer noche más dió que hablar en el baile de la Embajada, fué el del collar que lucía la señora de Mallins.

SHER. Efectivamente, el collar es una preciosa joya, representa una verdadera fortuna.

VAL. Pues bien, ¿qué diríais al saber que esa joya se halla en mi poder?

SHER. Me sorprendería hasta cierto punto.

VAL. ¿Por qué razón?

SHER. Porque en todo ello veo la mano de Raffles.

VAL. Tenéis por él una verdadera obsesión.

SHER. Decid más bien una realidad. Continuad.

VAL. Esta mañana he recibido, en paquete certificado, esta cajita con el referido collar y esta carta, que podéis leer para acreditar mi asombro. Mirad. (Entregándole una carta.)

SHER. «Señor Walton: la joya que remito a usted, adjunta a la presente, a la par que puede servir de regalo de boda a la señorita Marta, es restitución. Dígale usted a su protegida y a su futuro esposo Daniel, que acepten el regalito sin el menor escrúpulo de

conciencia; pues el collar está valuado en la justa cantidad que el tutor, señor Mallins, usurpó de la herencia de la simpática Marta. Cuando vea a su amigo Sherlok, dígale que dispense si en este asunto he hallado el camino más corto para llegar al fin de la restitución. Suyo afectísimo, Raffles.»

VAL. ¿Qué decís a todo esto, amigo Sherlok?

SHER. Digo que el procedimiento de Raffles no es del todo correcto.

VAL. Pero Daniel y Marta ¿son culpables?

SHER. ¿Culpables de qué?

VAL. De lo que fueron acusados en mi casa; de lo que sabéis vos mejor que yo, puesto que por orden vuestra fueron detenidos.

SHER. Efectivamente, fueron detenidos, para ser alejados de la vista de Raffles, pues confieso que no era éste el final que de Raffles podía presumir.

VAL. ¿Pero los dos jóvenes no están detenidos?

SHER. Uno y otro se hallan en mi casa.

VAL. Pero Daniel ¿es culpable de tentativa de robo en el barrio de Witechapel?

SHER. Lo es en la menor cantidad posible, dispensable por muchos conceptos.

VAL. ¿Es decir que Marta y Daniel merecen toda vuestra proctección?

SHER. Toda, sin reparo ninguno. El señor Mallins tutor de la desventurada Marta, desapareció de Londres en compañía de una mujer de conducta equívoca. Marta quedó en completo abandono. En su indigencia conoció a Daniel, y el amor chispeó en sus corazones. En esto, llegó a ellos vuestra protección, y aquí tenéis el total argumento, que termina con la imprevista intervención de Raffles.

VAL. Intervención que no acabo de explicarme.

SHER. Raffles es un original en toda la extensión de la palabra. Aplicadas sus extraordinarias cualidades al bien de la humanidad, podría ser mi *alter ego* sin duda alguna.

VAL. Esto es decir que reconocéis en él un preclaro talento...

SHER. Inconmensurable. Si algo le ha de perder seguramente será su audacia. Sentiré mucho que así sea; pero llevando las cosas a tal extremo, no seré yo quien ceje en la lucha. Hasta hoy puede decirse que sólo hemos fogueado en guerrillas; pero la carta que de él he recibido esta mañana, me hace creer en una próxima batalla sin cuartel.

VAL. ¡Cómo es eso! Su atrevimiento ha llegado al extremo de...

SHER. De solicitar una entrevista en mi casa, que tendrá lugar aquí mismo, dentro de pocos minutos, por lo que os suplico, amigo Walton, que me dejéis completamente solo. (Señalando la puerta del fondo derecha.) En esa habitación hallaréis a Marta y Daniel. Marchaos los tres por la escalera interior. Id juntos a dar un paseo en automóvil por Hayde Park. Explicadles todo lo sucedido y no volváis hasta pasadas dos horas por lo menos.

VAL. ¿Estáis decidido a quedaros aquí solo con Raffles.

SHER. ¿Cómo no estarlo, si él así lo solicita? Leed vos mismo sinó. (Entregándole una carta.)

VAL. «Admirable Sherlok: para un asunto de trascendental importancia en el curso de nuestras innatas aficiones, espero hallaros en vuestra casa completamente solo a las ocho en punto de esta noche.»

SHER. ¿Qué os parece?

VAL. Que admiro su audacia y vuestra sangre fría.

SHER. Mi indiferencia llega al extremo de que si Raffles no acude a la cita a las ocho en punto, su autógrafo servirá para encender mi pipa.

VAL. Os dejo, pues, para cumplir en todo vuestro deseo.

SHER. Así lo espero de vuestra amistad. Hasta dentro de dos horas prometedme que no estaréis de vuelta.

VAL. Confiad en mí. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA IV

SHERLOK HOLMES solo, mirando el collar de brillantes que trajo el Doctor.

SHER. No me cabe duda, la restitución de la herencia de Marta, efectuada por medio de este magnífico collar, sólo tiene por objeto probar la lentitud de mis pesquisas referentes al infame Mallins. Quizás para vanagloriarse de ello sea la causa de su visita. Si es esa su intención, le daré las gracias a nombre de Marta y habremos terminado. (Toque de bocina y ruido de automóvil en marcha. Sherlok abre el balcón del fondo.) Walton, Daniel y Marta se ausentan en el automóvil. Por fin estoy solo. Nada de policía en acecho; nada de engaño. Por mi parte he cumplido puntualmente en todo; sólo falta que Raffles cumpla también, sin discrepar un segundo de la hora marcada. (Dan las ocho en el reloj de sobremesa. Sherlok va a abrir la puerta de la derecha lateral. Pausa.) La puerta está franca. Las ocho acaban de dar, y Raffles no comparece. Preciso será encender mi pipa con la misiva. (Va a verificarlo en el mismo momento que aparece Raffles por el balcón del fondo descendiendo del piso superior.)

ESCENA V

SHERLOK HOLMES y RAFFLES

RAF. ¡Querido Sherlok!... vuestro reloj seguramente adelanta medio minuto.

SHER. Es el que adelanto siempre en todos mis negocios.

RAF. Y el que yo necesito para todas mis evasiones.

SHER. Sentáos si os place y hablaremos con calma.

RAF. Compláceme una y otra cosa, aunque mi visita será todo lo breve posible, a fin de no molestar vuestra atención.

SHER. Dispongo de toda la noche para tratar de lo que gustéis.

RAF. Mil gracias. El caso es el siguiente: de algún tiempo a esta parte todos mis asuntos quedan a la mitad justa de mi calculado éxito, por obra y gracia de vuestra interesante intervención; así como todos vuestros asuntos podéis haber observado que quedan a relativo éxito también.

SHER. No comprendo.

RAF. Sencillamente, y dejando aparte ridícula modestia, somos dos potencias de fama mundial.

SHER. Vos lo decís.

RAF. Y vos lo probáis. Nuestros esfuerzos están siempre en lucha por partes iguales. ¿Por qué no juntarlos y seguir por un mismo camino para completo éxito de nuestra empresa?

SHER. ¿Qué camino? ¿El vuestro o el mío?

RAF. El que sea. En cualquier género se puede ser un artista si se trabaja con verdadero amor. Pruebas tenéis dadas de ello: la substracción que me hicistéis de la cartera del doctor Walton así lo acredita.

SHER. No hice más que imitaros por un instante. Las dos potencias, como habéis dicho, se hallan en igualdad de circunstancias.

RAF. No lo creáis, mis éxitos como detective serían muy dudosos por mis antecedentes.

SHER. No lo creo yo así.

RAF. ¿Por qué no?

SHER. Porque vuestra acción de restituir la fortuna de Marta, adelantándoos a mis gestiones, os coloca en lugar preferente como buen defensor de huérfanas desvalidas.

RAF. ¡Bah! Todo ello no ha sido más que un ligero pasatiempo.

SHER. Que os honra hasta cierto punto.

RAF. Justamente esas son las palabras: *hasta cierto punto.* Prueba plena de que más fácil es que vos lleguéis a mí que yo a vos. ¿No os parece así?

SHER. Basta, señor mío. Cierto día, y en una ocasión como la presente, el profesor Moriarty llegó a proponerme la mitad de lo que vos me planteáis en este momento. ¿Sabéis cuál fué mi respuesta?

RAF. La ignoro.

SHER. Decirle lo mismo que os repito a vos; y ello es que puesto que los dos caminamos por el mundo en sentido adverso, el choque entre nosotros es inevitable más o menos tarde.

RAF. El ejemplo acredita que estáis fuerte en geografía, señor Sherlok.

SHER. Acepto la alabanza, señor Raffles.

RAF. También debéis aceptar que mi posición es más favorable que la vuestra.

SHER. ¿En qué os fundáis?

RAF. En que vuestra misión es atacar, y la mía defenderme; lo cual es menos expuesto.

SHER. En este concepto os engañáis.

RAF. Mucho lo dudo, si no me probáis lo contrario.

SHER. Fácil es probarlo, puesto que *casi os tengo en mi poder.*

RAF. Eso lo veremos. (Levantándose rápidamente y echando mano al bolsillo interior de su gabán, del que saca un revólver.)

SHER. Lo vamos a ver. (Levantándose pausadamente y dirigiéndose al fondo para alcanzar la caja que contiene el brazo mecánico de Raffles.) Guardad vuestro revólver, y no queráis obligarme a que yo haga uso del mío, en cuyo caso todo sería cuestión de puntería. (Sacando de su bata un revólver.) Por segunda vez habéis desconfiado de mi lealtad. Estáis en mi casa y no

soy hombre para abusar de mi situación, a pesar de haber entrado en ella por un lugar impropio del que tenía franca la entrada, como libre tenéis la salida.

RAF. Dispensad mi precipitación.

SHER. Por dispensado. (Presentándole la caja del brazo.) Decía que casi os tengo en mi poder, y lo repito. Miembro de vuestro cuerpo, al cuerpo ha de unirse más o menos tarde. ¿Cómo? No lo sé. Lo que si sé, es que tengo de ello la más completa seguridad.

RAF. Vuestras palabras no son más que una hipótesis.

SHER. Hoy por hoy, sí; mañana veremos. (Pausa.) (Encerrando el brazo mecánico en la caja de guardar caudales.)

RAF. Esto es decir que me declaráis la guerra.

SHER. Esto es decir que á Sherlok Holmes no le desvía un Raffles.

RAF. Ni a Raffles le da caza un Sherlok Holmes.

SHER. Dentro de seis días estaréis en mi poder.

RAF. Dentro de seis días, Raffles estará en libertad y en completa posesión de todos sus miembros naturales y postizos.

SHER. ¿Aceptáis el reto?

RAF. Hoy más que nunca. ¿Cuándo daremos por principiada la partida?

SHER. Pasados que sean diez minutos de cruzar por esta puerta. (Señalando la de la derecha.)

RAF. Agradezco la atención.

SHER. Tenéis el paso libre.

RAF. Repito las gracias. (Váse por la puerta indicada.)

(MUTACIÓN)

CUADRO VIII

La huronera de Buck

Decoración corta en casa de Buck. A la derecha puerta de entrada. A la izquierda chimenea de campana.

ESCENA PRIMERA

BUCK, con un camastro y un candil.

BUCK ¡Vaya una nochecita de primavera! La niebla no deja ver los dedos de las manos, y el frío penetra hasta los huesos. ¡Bah! ¡Bah! Lo mejor que por esta noche podemos hacer, es cargar bien la pipa, encenderla y acomodarse en el camastro, hasta que la luz del día disipe la neblina. Una botella de whisky no vendría mal en estos momentos; pero la situación económica no admite gastos extraordinarios. ¡Bah! Otro día soplarán mejores vientos. Si tuviese ganas de trabajar, quizá saliendo a la calle aún podría cazar algo, cuando menos un buen constipado. ¡Ea! Lo dicho, dicho; no salgo. Conviene conservar la salud. Las noches frías en la calle son para los milores que pueden vestir gabán de pieles.

ESCENA II

BUCK y RAFFLES, por la primera derecha.

RAF. También podrás vestirlo tú, si te despabilas el sueño de los párpados y sigues mis pasos sin chistar.

BUCK ¡Raffles! Perdonad, maestro; pero esta noche no me encuentro con ganas de trabajar.

RAF. Te encontrarás cuando sepas que se trata de ganar unas cuantas libras y de jugar una buena treta a Sherlok Holmes.

BUCK ¿Sherlok Holmes, decís? Para eso estoy siempre dispuesto. ¡Maldito sea! ¡Ojalá pudiera proporcionarle un buen baño en el Támesis con una bala de veinticuatro colgando de su cuello!

RAF. ¡Mala voluntad le tienes!

BUCK La misma que él me tiene a mí. Sus éxitos de detective han sido la completa perdición de mi cuadrilla de honrados vecinos del barrio de Witechapel. Todos mis amigos duermen en la cárcel de New-Gatte. ¡Todos mis amigos! Sólo yo pude escapar de la última batida por un milagro del diablo, si es que el diablo es capaz de hacerlos.

RAF. Pues esta es la ocasión de tomar cumplida revancha.

BUCK ¿Qué hay que hacer?

RAF. En primer lugar no perder ni un momento en vacilaciones. Sherlok, en su automóvil, ha seguido el rodaje del mío hasta ahí cerca. Hace días que nos perseguimos mutuamente, tan pronto con ventaja para uno como para otro. Tras de muchos rodeos, he conseguido atraerle a este barrio y no tardará mucho en cruzar por esta puerta.

BUCK (Esgrimiendo una faca.) ¡Qué lo pruebe! Mi faca se encargará de partirle el corazón de un sólo golpe.

RAF. ¡Imbécil! Sherlok no es hombre que se deje vencer por el hierro, sino por el ridículo.

BUCK No conozco esa arma.

RAF. Conóceme a mí. Confianza y triunfaremos.

BUCK Confío y a todo estoy dispuesto. ¿Qué hacemos?

RAF. Por lo pronto, cambiar mi abrigo por tu chaqueta. (Lo hacen.)

BUCK Al momento.

RAF. Ahora abrir la trampa de la alcantarilla y colocar en su borde mi sombrero flexible. (Lo hace.)

BUCK Ya comprendo, maestro, ya comprendo. Repetición del juego de la taberna de Canter: huir por la chimenea. Mas pensad que él adivinará la coartada.

RAF. En su adivinación está nuestro éxito.

BUCK ¿Por qué?

RAF. Porque nosotros marcharemos por aquí, por la alcantarilla.

BUCK ¡Magnífica idea!

RAF. Aprisa, que el tiempo apremia. (Vanse por la trampa de la alcantarilla.)

ESCENA III

SHERLOK e INSPECTOR

(Pausa. Golpes en la puerta de la derecha hasta que ésta cede, y aparecen los personajes.)

INS. Cedió la puerta.

SHER. Poca ha sido su resistencia.

INS. ¡Qué veo! Una trampa abierta, y un sombrero junto a ella. La misma situación de la taberna de Canter. ¡Oh! pero esta vez no me escaparán. Por la chimenea, maestro, por la chimenea. (Desaparece por ella. Pequeña pausa de deducción.)

SHER. No, no. Esta vez por aquí, por aquí. (Amartilla su revólver y vase por la trampa.)

(MUTACIÓN)

CUADRO IX

Los automóviles

Decoración de plaza a todo foro. En segundo término de la izquierda, automóvil con los faroles encendidos. Noche de obscura niebla.

ESCENA PRIMERA

DANIEL, en traje de chauffer, con una aceitera untando las ruedas del automóvil. En seguida RAFFLES y BUCK, por la primera derecha.

DAN. El depósito de bencina, lleno; las ruedas bien engrasadas. Todo está a punto para poder emprender marcha de cien kilómetros por hora.

RAF. No hay duda, el inspector Richardson gatea por los tejados; pero Sherlok ha adivinado la doble coartada de la chimenea y la alcantarilla.

BUCK ¿Qué hacemos?

RAF. Ese es su automóvil. Apoderémonos del chauffer y, bien amarrado de pies y manos, mételo en mi automóvil, y dando un largo rodeo, para desorientarlo, condúcelo á tu huronera hasta nueva orden. De Sherlok me encargo yo.

BUCK Conforme. (Agachándose sin ser visto se precipita sobre Daniel.)

RAF. ¡Ya eres nuestro!

DAN. ¡Miserable!

BUCK ¡Si no callas te destripo! (Amenazando con la faca.)

DAN. ¡Buck! ¡Raffles!

BUCK ¡Daniel! Buena presa.

RAF. ¡Silencio! y a lo dicho.

BUCK Sin chistar. (Pausa. Se llevan a Daniel por el foro derecha. Ligera pausa. De derecha a izquierda, cruza por el fondo el automóvil de Raffles, guiado por Buck. Raffles vuelve a escena poniéndose el abrigo y anteojos de chauffer).

RAF. Ahora yo soy el chauffer del gran detective Sherlok.

ESCENA II

RAFFLES y SHERLOK, por primera derecha.

SHER. Raffles y su cómplice Buck huyen en su automóvil. El mío les dará alcance. Daniel, Daniel, a toda máquina, a dar alcance a Raffles. (Entra en su automóvil.)

RAF. (A toda maquina a encerrar a Sherlok.) (Vira el automóvil y desaparece rápidamente por la izquierda.)

TELON



ACTO QUINTO

CUADRO X

Sherlok secuestrado

La misma decoración del cuadro VIII.

ESCENA PRIMERA

SHERLOK y DANIEL amanillados y atados por la cintura cada uno a una argolla de la pared del fondo, a la derecha e izquierda respectivamente.

SHER. Ya lo véis, amigo Daniel, nuestra situación, de hora en hora se va haciendo más penosa. No lo siento por mí, sinó por vos, puesto que por mi culpa os halláis privado de la hermosa libertad. Nuestras amarras apenas alargan lo suficiente para tendernos en el suelo y echar un sueñecito.

DAN. ¿Quién piensa en dormir?

SHER. En todo es preciso pensar para la vida.

DAN. En mucho estimo la mía; pero gustoso la daría por salvar la vuestra.

SHER. Amigo Daniel, agradezco infinito vuestra adhesión a mi persona; pero en manera alguna admitiría tal sacrificio, puesto que os debéis por completo a la cariñosa Marta, vuestra futura esposa.

DAN. ¡Marta! Es verdad. ¡Infeliz! ¿qué será de ella sin mi amor, y más que nada sin vuestra protección?

SHER. Por vuestro amor lo siento, que por lo demás, bien amparada estará al lado de mi amigo el doctor Walton y su señora esposa. (Pausa.)

DAN. ¿Cuántas horas hace que estamos encerrados?

SHER. A mi entender, tres.

DAN. ¿Tres no más?

SHER. No lo puedo precisar, puesto que al entrar aquí me ha sido arrebatado el reloj de nikel, y un manojito de llaves del que seguramente Raffles sabrá sacar buen partido, pues no es de creer desprecie la más pequeña ventaja para vanagloriarse de su costosa victoria.

DAN. Decís verdad, y ahora más que nunca es cuando considero que estamos perdidos por todos conceptos. (Con marcado desaliento).

SHER. Por mi parte, la pérdida que más siento es la de mi reloj.

DAN. ¿Vuestro reloj decís? Un reloj de nikel según habéis dicho...

SHER. Cierto: un sencillo reloj de ínfimo valor; pero que no discrepa un segundo. A su exactitud de horario debo la mayor parte de mis éxitos como detective. Por eso le tengo en gran estima.

DAN. No comprendo.

SHER. Para la completa solución de todo asunto, el principal factor es el tiempo, y en estos momentos no sé las horas que faltan para ganar o perder la partida que tengo empeñada con Raffles.

ESCENA II

Dichos, RAFFLES y BUCK, por la trampa de la alcantarilla.

RAF. Váis a saberlo, querido Sherlok. (Consultando su reloj). Para perder la partida tenéis

todavía una hora y cinco minutos de vanas ilusiones.

SHER. ¡Una hora decís! ¡Una hora!... ¡Oh! ¡entonces aun queda tiempo para todo!

RAF. Para realizar todos mis negocios, sí; para los vuestros mucho lo dudo.

SHER. Yo no.

RAF. Esto es decir que todavía pensáis vencer.

SHER. Esto es decir que aun falta una hora para terminar el plazo de nuestra lucha, y en el intervalo de sesenta minutos, pueden suceder muchas cosas.

RAF. Pocas sucederán continuando vos en mi poder.

SHER. ¿Estáis seguro de tenerme en vuestro poder?

RAF. Segurísimo. Esta puerta está clavada por fuera. (La del fondo.) La chimenea, obstruída en su mitad. La trampa de la alcantarilla se cerrará a mi paso con barra de hierro por dentro. Las esposas de vuestras muñecas y la cadena de la argolla que os sujeta por el cuerpo, os impide de toda acción a dos metros de distancia. De modo que...

SHER. De modo que aun falta una hora para que podáis cantar victoria.

RAF. ¿No os dáis por vencido?

SHER. No.

RAF. ¿Ni aun poniéndoos una mordaza?

SHER. Las mordazas ahogan la voz; pero no acallan las ideas.

RAF. Soberbio pensamiento. Un poquito gastado, pero siempre de efecto, amigo Sherlok.

SHER. Hago uso de él, puesto que veo os agradan las situaciones melodramáticas.

RAF. Si así lo creéis, volvamos a la realidad que nos ha colocado frente a frente; vos encadenado, y yo en completa libertad de acción. Por ello y gracias al ingenioso cambio de chauffer de vuestro automóvil. ¿No encontráis gracioso el lance?

SHER. Mucho blasonáis de vuestra libertad, que sólo ha de durar una hora.

RAF. ¿Solamente una hora?

SHER. Una hora, menos algunos minutos.

RAF. Si tan convencido estáis de lo que decís, será preciso que por mi parte aproveche el tiempo.

SHER. Haréis muy bien en no desperdiciarlo, no os quejéis luego de haberlo malgastado en sarcástica conversación conmigo.

RAF. Acepto el consejo, y en prueba de ello voy a recobrar la pequeña parte que de mi cuerpo arrancásteis en el baile de la Embajada, voy a recobrarle, repito, antes de que termine el plazo de nuestra lucha.

THER. ¿Os referís al brazo mecánico?

RAF. Precisamente. Una vez en mi poder, la victoria será mía en toda la línea.

SHER. Vos lo decís.

RAF. Y para que no se me tache de inhumano, valiéndome de la situación, os voy a proporcionar un lecho algo más cómodo del que hasta ahora os han prestado las frías baldosas del pavimento. (Dirigiéndose a Buck, que hasta ahora ha estado sentado en la boca de la trampa de la alcantarilla.) Buck, acerca al señor Sherlok un poco de paja, para que no se le enfríen ni los pies ni las ilusiones de triunfar. (Buck coloca junto a Sherlock un saco de paja que se halla en el fondo derecha).

SHER. Agradezco vuestra fina atención, y mucho más la agradeciera si os sirviérais cargar de tabaco mi pipa, encenderla y ponérmela en la boca, puesto que no puedo valerme de las manos.

RAF. No hay en ello el menor inconveniente. (Verificando la acción que ha marcado el diálogo.)

SHER. Ya sabéis que el tabaco es mi mejor amigo.

RAF. No quiero privaros de tan buena amistad. (Pausa.)

SHER. Os lo agradezco infinito.

RAF. No vale la pena. Fumando vuestra pipa podréis esperar mi vuelta.

BUCK Eso es, podréis esperarnos... sentado.

RAF. Ea, ya estamos listos. Hasta la vuelta, querido Sherlok.

SHER. Decid mejor, hasta la vista.

RAF. Sea así. Vamos, Buck.

BUCK Vamos, maestro. Adiós. Adiós, ex compinche Daniel.

(Desaparecen por la trampa de la alcantarilla, oyéndose ruido de hierros al cerrar por dentro. Pausa.)

ESCENA III

SHERLOK y DANIEL.

DAN. No se comprende tanto cinismo en un hombre.

SHER. Juegos de palabras y nada más.

DAN. Y el infame Buck cómo se gozaba viéndome en la imposibilidad de arrojarme sobre él y despedazarle con mis manos o aplastarle con mi pie.

SHER. ¡Calma, amigo Daniel, mucha calma!

DAN. ¿Cómo tenerla, señor?

SHER. Acudiendo a la filosofía. (Pausa.) ¡Daniel!

DAN. ¿Qué queréis, señor?

SHER. ¿Dejásteis ya terminada la colocación de timbres y la instalación eléctrica en mi despacho?

DAN. Completamente terminada según vuestras órdenes.

SHER. Mucho me alegro. (Pausa.)

DAN. ¡Ah!... ¿qué no daría yo para romper estos malditos hierros?

SHER. Pronto los veremos rotos, Daniel.

DAN. ¿A qué obedece vuestra confianza, señor?

SHER. A que en mi pipa está nuestra salvación.

DAN. ¿En vuestra pipa, decís? No se comprende.

SHER. Pronto lo comprenderéis. (Sigue fumando tranquilamente.)

(MUTACIÓN bajando el telón de boca por breves momentos.)

CUADRO XI Y ÚLTIMO

Sherlok vencedor

La misma decoración del cuadro VII

ESCENA PRIMERA

MARTA, WALTON y ARTURO.

VAL. Repito que no hay declarado motivo para abrigar ningún temor. Acudo al testimonio de vuestro amiguito Arturo. ¿Verdad que ninguna mala noticia ha llegado a casa referente al señor Sherlok?

ART. Ninguna, ninguna. Te lo juro, Marta. Bien sabes que mi admiración por Sherlok es inmensa. Calcula si al saber algo de él estaría yo tan tranquilo.

MAR. Dios os escuche. Pero la encarnizada lucha entre mi protector y Raffles, me tiene el corazón en continua zozobra. Sé que ni uno ni otro son hombres para ceder en su empeño, aunque se vean a dos pasos de una muerte cierta.

VAL. En eso tenéis razón. No hay miedo de que cedan hasta el preciso instante en que termine el plazo de lucha por ellos convenido.

MAR. Eso es lo que hace temer más que nada.

ART. Pues yo, por el contrario, eso es lo que me esperanza para el triunfo del gran detective.

VAL. Tú lo has dicho, Arturo. Mi amigo Sherlok siempre ha sido el vencedor en toda lucha de ingenio o de fuerza corporal.

MAR. No pongo en ello completa duda, pero con todo, estoy viendo que solo falta media

hora escasa para que termine el plazo de la captura de Raffles, y el señor Sherlok no se presenta.

ESCENA II

Dichos y RAFFLES por la primera de la derecha.

RAF. Pero me presento yo para sacaros de vuestra natural ansiedad referente a la suerte que le ha cabido a Sherlok y a su protegido Daniel.

MAL. / VAR. { ¡Raffles!

RAF. El mismo, sí; Raffles vencedor en toda la línea.

ART. (Ese es Raffles. Vaya, menos mal. Por lo pronto ya conozco a uno de los dos combatientes). (Ocultándose en el balcón.)

RAF. ¡Mucho os pasma mi presencia en esta casa! Mas como mi galantería no podía permitir que por más tiempo continuárais en zozobra por falta de noticias ciertas de Sherlok y Daniel, aquí me presento para notificaros que los dos se hallan encerrados en un casucho del barrio de Witehapel.

MAR. ¡Infame! ¡Les habéis dado muerte!

RAF. Señorita, mis manos no se manchan nunca con sangre. He dicho solamente encerrados, fuertemente amanillados, eso sí; pero en completo estado de salud. Baste deciros que he dejado a Sherlok fumando tranquilamente su pipa, convencido de que por hoy no tiene escape.

MAR. ¿Y Daniel?

RAF. Daniel se halla junto a su protector Sherlok un tanto enfurecido por su fracaso de chauffer; pero sus nervios se irán calman-

do poco a poco. El frío del suelo que pisa, y el contacto de hierros que le oprimen se encargarán de ello. Dispensad, señorita, si contra mi costumbre los medios empleados esta vez son algo durillos; pero las circunstancias obligan.

ART. (No conozco a Sherlok; pero conozco al Inspector Richardson. Corro a avisarle). (Sin ser visto de nadie desaparece por la primera derecha.)

RAF. Tal es, después de los mil detalles ocurridos en la lucha, el verdadero estado actual. Confieso ingénuamente que mi rival es fuerte. Tan pronto vencido como vencedor, la partida ha sido emocionante por todos conceptos. Más que la necesidad de lucha, ha sido un macht de amor propio. El premio, era un crédito para el vencedor, y el vencedor he sido yo. Desde este histórico momento Sherlok deja de ser el «hombre invencible», para pasar a ser el «hombre fracasado». La prensa de la mañana no dejará de dar la noticia a sus lectores del mundo entero. Esto es lo que por mi parte se trataba de demostrar. (Ligera pausa.) ¿No lo creéis así, doctor Walton? (Otra pausa.) Vamos, salid de vuestro mutismo. ¿Qué me decís?

VAL. Digo... que de aquí no saldrás con vida, ¡miserable! (Empuñando un revólver y arrojándose sobre Raffles el cual huye por la puerta del fondo izquierda, seguido del Doctor y Marta.)

RAF. ¡Oh! ¡Me habéis sorprendido!

VAL. Ríndete.

RAF. No.

MAR. ¡Doctor!

VAL. No escaparás.

(Todo muy rápido.)

ESCENA III

BUCK, saltando por el balcón del fondo y cerrando la puerta por dentro, por donde marcharon todos. Enseguida RAFFLES.

BUCK Caísteis en el garlito. La jugada ha sido buena. Lo que es por aquí no hay salida.

RAF. (Entrando por el balcón.) Muy bien, Buck; muy bien. Todo ha resultado como lo tenía previsto.

BUCK ¿Habéis cerrado el balcón del saloncillo?

RAF. (Mostrando una llave.) ¿No es ésta la llavecilla del candado que preventivamente has colocado por fuera de él?

BUCK Sí.

RAF. Pues bien seguros están.

BUCK ¿Y ahora que nos toca hacer?

RAF. Poca cosa, puesto que nos sobra tiempo para todo. Tú vigilar esa puerta. (Señalando la de la derecha.) Y yo recobrar la pequeña parte que de mi persona arrancó Sherlok en el baile de la Embajada.

BUCK ¡El brazo mecánico!

RAF. El mismo. Aquí le encerró Sherlok y aquí debe de estar todavía. (Señalando la caja de caudales.)

BUCK Si hay joyas o dinero, arramblaremos con todo, pues bien ganado lo tenemos.

RAF. No temas. Ese será el premio de tus buenos servicios. (Intenta abrir la caja con el manojillo de llaves que cogió a Sherlok en el cuadro anterior.)

BUCK ¿Presenta dificultades la cerradura?

RAF. Ninguna. Tengo la llave. Ya está abierta. (Abre la caja e instantáneamente suenan varios timbres de alarma en escena y en distintas habitaciones de la casa, al mismo tiempo que del interior de la caja sale el brazo mecánico y hace presa en el hombro de Raffles, el cual queda inmovilizado por una corriente eléctrica.) ¡Eh! ¿Qué es esto?

BUCK ¡Timbres de alarma! Estamos descubiertos. ¡Huyamos, maestro!

RAF. ¡Huir! ¡No puedo! ¡Estoy imposibilitado de todo movimiento por una corriente eléctrica!

ESCENA IV

Dichos, SHERLOK por el balcón. Después el INSPECTOR RICHARDSON, ARTURO, DANIEL, DOCTOR WALTON y MARTA, conforme se vaya indicando.

SHER. No os desesperéis, querido Raffles. Yo mismo pulsaré el aislador, para libraros de ella.

RAF. ¡Sherlok Holmes!

BUCK ¡Sherlok! Yo escapo. (Lo intenta por la puerta primera de la derecha, por la cual llega el Inspector Richardson con dos Polismans, revólver en mano.)

INS. No por aquí.

BUCK ¡Por allí! (Busca la huída por el balcón por dónde aparece Arturo, Daniel y dos Polismans.)

ART. Por aquí tampoco.

BUCK ¡Malditos! ¡Estoy perdido!

INS. Lo estás. (Maniatando a Buck.)

VAL. ¡Abrid! ¡Abrid! (Golpeando la puerta del fondo izquierda.)

DAN. ¡La voz del Doctor! (Abriendo la puerta.)

MAR. ¡Daniel!

DAN. Completamente salvados.

BUCK Y yo completamente perdido. (Pausa.)

SHER. Querido Raffles, falta medio minuto para que se cumpla el plazo de nuestra porfía.

RAF. ¡Medio minuto!

SHER. Ya os dije en cierta ocasión que medio minuto es el espacio de tiempo que adelanta el reloj para el logro de mis principales éxitos. En vuestro bolsillo se halla mi reloj. Podéis consultarle para probar si digo verdad. (Desasiendo a Raffles de la prisión que le retenía.)

RAF. Verdad es. (Consultando el reloj.) Vuestro soy. Ganásteis la partida. Maniatadme. Admiro la ingeniosa aplicación que habéis dado al brazo mecánico, y comprendo mi fracaso. Lo que no acierto a comprender es cómo habéis podido libertaros del encierro en casa de Buck.

SHER. ¿Cómo? Muy sencillamente. Dejando caer el fuego de mi pipa en el montón de paja para producir el incendio que dió aviso al cuerpo de bomberos, los cuales con gran solicitud llegaron a salvarme de entre las llamas, que poco después devoraron todo el edificio. Mañana podréis leer en los periódicos los detalles de todo lo ocurrido en el incendio.

RAF. Repito que habéis ganado la partida. Me entrego gustoso, por haberme cabido el honor de tener por rival al cada día más célebre detective Sherlok Holmes.

SHER. Gracias. Inspector Richardson, os hago entrega del sujeto conocido por Raffles, completamente amanillado, conforme prometí hace seis días.

INS. Mucho os lo agradezco. El preso queda bajo mi cargo. (Los Polismans le rodean.)

RAF. Señor Sherlok, dentro de poco tiempo tendré el honor de volver a esta casa para ofreceros mis respetos.

INS. No lo creo yo así.

SHER. Aunque así sea, mi misión extra oficial de la captura de Raffles, conste que está cumplida.

TELÓN

FIN DEL MELODRAMA

NOTAS

1.ª—Al pasar por delante de Walton, figura substraerle la cartera que le entregó Daniel.

Durante estos apartes, Sherlok que ha visto la acción de Raffles, simula recobrar dicha cartera.

Todo este juego se logra con dos carteras iguales y con la pasada de los personajes al cumplimentarse.

2.ª—Un brazo postizo y adosado al frac con botoncitos (cierrapolleras). El brazo natural va oculto a la espalda, procurando no ponerlo delante de ningún espejo para no ser descubierto.

Precio: DOS pesetas